



LUIS FERNANDO
ARAGÓN

PEREGRINO

MIL DÍAS LEJOS DE CASA

REFLEXIONES PARA GENTE QUE VIAJA POR NEGOCIOS

Peregrino: Mil días lejos de casa

(Reflexiones para gente que viaja por negocios)

Luis Fernando Aragón

Las citas bíblicas, a menos que se indique otra cosa, están tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional, © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional.

Las citas bíblicas que llevan la indicación “DHH” han sido tomadas de *La Biblia – Dios habla hoy*, tercera edición, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1996.

Revisión filológica del texto: Carlos Alonso Vargas

Índice

Introducción	08
1. Un lugar donde vivir	13
<i>Algunas dificultades para sentirme como en casa en una habitación de hotel.</i>	
2. Triatlón y prioridades	16
<i>De cómo una oportunidad fantástica de visitar Japón con todos los gastos pagados dio un vuelco a mis prioridades.</i>	
3. No hay cuartos disponibles	18
<i>Las cosas salen mal durante un viaje combinado de negocios y vacaciones, lo cual deja a mi familia sin un lugar para pasar la noche.</i>	
4. Taxistas	23
<i>Algunas interacciones potencialmente trascendentales con taxistas en varios países.</i>	
5. Crisis con la computadora	26
<i>La pérdida de toda la información en mi computadora se convirtió en algo mucho peor de lo que yo imaginaba.</i>	
6. Celo por la evangelización	29
<i>Hay que aprovechar los tiempos muertos en el aeropuerto.</i>	
7. Mi mayor temor	31
<i>De cómo tuve que enfrentar mi mayor temor durante un viaje a Australia.</i>	
8. Sin control	34
<i>Durante los viajes nos puede tocar renunciar más de lo que quisiéramos al control de nuestras vidas, y eso nos deja agotados.</i>	
9. ¿Culpable?	37
<i>Cuando estamos negociando con las autoridades en un país extraño, el tener la conciencia limpia puede marcar una diferencia enorme.</i>	

10.	<u>¿Dónde está mi maleta?</u>	40
	<i>Algunos ejemplos sobre la ansiedad que todos enfrentamos mientras esperamos nuestro equipaje.</i>	
11.	<u>Confianza</u>	43
	<i>El diablo aprovecha la oportunidad para tentarme cuando un extraño decide confiar en mí.</i>	
12.	<u>Cuando nos rehusamos a usar la cabeza</u>	45
	<i>Las cosas pueden salir mal cuando bajamos la guardia y nos dejamos llevar por nuestras emociones.</i>	
13.	<u>¡Quietos!</u>	49
	<i>¿Cómo aprovechar ese tiempo muerto antes de despegar y aterrizar?</i>	
14.	<u>Un deportista frustrado</u>	51
	<i>El reto de mantenerse en buena condición todo el tiempo.</i>	
15.	<u>¿Quién soy yo?</u>	53
	<i>La necesidad de mantener intacta nuestra identidad como hijos o hijas de Dios durante los viajes internacionales.</i>	
16.	<u>Enfermo en el extranjero</u>	56
	<i>Cuando nos enfermamos estando de viaje podemos concentrarnos en unas pocas cosas verdaderamente importantes.</i>	
17.	<u>Sobre la tentación y el entrenamiento deportivo</u>	57
	<i>De viaje en Turquía, una tentación totalmente inesperada suscita algunas reflexiones sobre el contraste entre la incomodidad que experimentamos al entrenar intensamente, y la manera en que Dios quiere que manejemos la tentación.</i>	
18.	<u>Spera nel Signore</u>	60
	<i>Los viajes nos dan numerosas oportunidades de practicar nuestra capacidad para esperar, una destreza que adquiere especial importancia cuando la gratificación inmediata se ha vuelto tan común.</i>	
19.	<u>Hambre</u>	62

El hambre es asunto de todos los días para millones de personas, mientras los hombres y mujeres de negocios se gastan sumas importantes en cenas suntuosas y las compañías de alimentos se esfuerzan por ser cada vez más rentables.

20. [¿Ángeles?](#).....66
Tres historias cortas sobre la intervención de Dios durante mis viajes.
21. [Compasión por las multitudes.](#).....69
Me cuesta mucho ser compasivo mientras tengo que batallar con las aglomeraciones en el aeropuerto, en las carreteras y en el avión.
22. [El caballero.](#).....72
¿Deberíamos viajar como un caballero armado, o lo más livianos posible?
23. [Novedades.](#).....75
Ciertamente no es divertido montarse en el mismo vuelo y releer el mismo número de la revista de la aerolínea, pero necesitamos controlar nuestra afición por lo novedoso.
24. [Niebla.](#).....77
A veces tenemos que volar por instrumentos.
25. [Planes frustrados.](#).....79
Los planes especiales para regresar con mi familia lo antes posible no salieron como yo hubiera deseado.
26. [Me Tube.](#).....81
Estrategias para controlar la televisión durante los viajes.
27. [Autos.](#).....85
Lecciones sobre gratitud derivadas de distintas experiencias de alquiler de autos.
28. [Atrapado en un avión.](#).....89
No es agradable sentirse atascado, atrapado. Sin la esperanza de tener una salida, uno puede caer en la desesperación.
29. [Ceremonia de premiación.](#).....91

¿Qué sacrificamos para lograr nuestra metas?

30. [Una perspectiva distinta](#).....92
Evaluamos nuestras experiencias de cada día desde una perspectiva demasiado reducida, limitada. Pero perder un vuelo podría ser algo muy bueno.
31. [La decisión correcta](#).....95
A menudo tenemos la certeza en nuestro corazón de lo que debemos hacer, sencillamente porque es lo correcto, y no por una promesa tácita o explícita de que las cosas van a salir como quisiéramos.
32. [Vale más pasar un día en tus atrios](#).....98
La decisión complicada de hacer un viaje optativo, y cómo este puede salir mal.
33. [Tu mano derecha no me suelta](#).....100
Estamos realmente seguros en las manos de Dios... más aún que en las de nuestra madre.
34. [De no ser por la gracia de Dios... \(¿Cómo me hacen esto a mí?\)](#).....102
La práctica de crecer en paciencia por las complicaciones de un viaje, a pesar de que yo me quedaba en casa.
35. [Deslumbrado](#).....104
Mientras trabajo con una estrella del fútbol, medito en los distintos tipos de luz y cómo impactan nuestra vida.
36. [Satisfacción](#).....107
Lo difícil que es estar lejos del padre.
37. [Me siento bastante inútil](#).....109
Dios hace las cosas a su debido tiempo, y Él sabe lo que es verdaderamente importante. En este caso, pareciera que le interesa más el proceso que el producto final.
38. [Mi mejor amigo me regaló una pistola](#).....111
Una historia sobre traición y perdón.

39.	Cómo mantenerse en forma	115
	<i>El reto de mantenerse físicamente activo durante los viajes de negocios, y una colección de consejos basados en mi propia experiencia.</i>	
40.	Haciendo fila	119
	<i>No habrá que esperar más para llegar a casa.</i>	
	Epílogo	120
	Apéndice	122

Introducción

¿Lo han asaltado alguna vez? ¿Lo ha estafado un taxista? ¿O le han perdido las maletas? ¿Qué tal una gastroenteritis estando de viaje? Los viajes representan muchos retos, pero mi intención no es referirme a las distintas formas de evitar incomodidades o a cómo mantener la dulzura de carácter en medio de los viajes difíciles. Ni siquiera me interesa la necesidad de los viajeros de evitar los asaltos o de protegerse de tantos otros peligros físicos y retos que se nos hacen más patentes al estar de viaje. Este libro trata más bien de las pruebas que podemos enfrentar los cristianos; pruebas que, si bien no son totalmente distintas a las que enfrentamos a diario en nuestra casa u oficina, sí pueden ser más difíciles de superar durante los viajes.

Nos llaman “guerreros itinerantes.” Qué romántico, qué emocionante... ¡qué estúpido! La exageración poética no acaba ahí. Una publicidad en inglés del Hotel Courtyard Marriott dice: “Portando maletines ejecutivos y sin suficientes manos para cargar todo el equipaje de mano a través de cien aeropuertos. Es suficiente para volver al viajero de negocios duro como un yunque.” Se supone que nos debemos sentir como si fuéramos héroes, una raza especial de soldados valientes. En la realidad, no somos más que cientos de miles de hombres y mujeres cansados y estresados que tenemos que enfrentar demasiados retos todos los días.

La forma en que enfrentamos nuestras pruebas al viajar es importante porque el viajero de negocios, igual que el peregrino, tiene un propósito específico, una meta clara, un destino. A diferencia del turista, el peregrino tiene un propósito que va más allá del viaje en sí: viajar no basta, aunque se haga con todo el “caché”. De cómo se maneje cada viaje dependerá si se logra su objetivo específico; de cómo se manejen los viajes en su conjunto dependerá si se logra la meta final, sea esta la estabilidad económica, una familia hermosa y exitosa, o la vida eterna con nuestro Señor Jesucristo.

El punto es que mientras pasamos distraídos viajando frecuentemente por negocios, nuestra salvación y salud espiritual podrían estar en peligro por el riesgo de la conformidad, por el tedio de la cotidianidad, o por la tentación de la desesperación. A ratos nos vamos deslizando lentamente por un camino de pecadillos sin importancia y apatía general que erosionan nuestras almas; otras veces, nos aplastan nuestra insignificancia y la frustración de fracasar en las cosas

más básicas mientras aspiramos a alcanzar grandes metas por Cristo. Entre otras cosas, a la luz de Efesios 6:12, este libro narra cómo he ganado muchas batallas, reconociendo a la vez que he perdido un buen número de ellas.

Ahora bien, estar de viaje nos recuerda constantemente que no somos más que peregrinos en esta Tierra. Habitamos en casas temporales, siempre tratando de ajustarnos a lo que nos rodea, persiguiendo de continuo esa comodidad tan esquiva con la que nos seducen los genios del mercadeo mientras que en secreto, quizás inconscientemente, anhelamos nuestro hogar celestial, el lugar para el cual fuimos creados, el único lugar donde podremos estar realmente a gusto.

He organizado estos mil días lejos de casa en cuarenta travesías o historias, inspirado en la tradición cristiana y en aquellos pasajes de la Biblia en los que se ven los cuarenta días como un tiempo de preparación, como un tiempo de prueba o de oración o de ayuno antes de que ocurra algo importante: los capítulos 7 y 8 del Génesis narran el diluvio universal, 40 días y 40 noches de lluvia; Moisés subió a la montaña y pasó 40 días y 40 noches a solas con Dios, en dos ocasiones (Éxodo 24 y Éxodo 34); el profeta Elías, temiendo por su vida, huyó y quiso morir, pero Dios lo alimentó y lo fortaleció para que pudiera realizar una jornada de 40 días hasta el monte Horeb (1 Reyes 19:8); Jesús mismo, habiendo sido guiado al desierto por el Espíritu Santo, ayunó por 40 días y fue tentado por el demonio (Lucas 4:1-13). Cuarenta fueron también los años que Dios guió a su pueblo en el desierto, para humillarlos y ponerlos a prueba para saber qué había en sus corazones (Deuteronomio 8:2). Cuarenta son las historias en este libro.

¿Por qué leer este libro? ¿Por qué lo quise publicar? La verdad, no soy ni teólogo ni filósofo; nada más trato de usar mi inteligencia y mis sentidos para observar el mundo a mi alrededor y entender la vida, con ayuda de la Palabra de Dios. Es muy probable que usted haga lo mismo. No soy poeta, aunque en mis manos un lápiz es mil veces más útil escribiendo palabras que tratando de dibujar.

Tampoco soy un santo, ni mucho menos. Sí trato de seguir el consejo de Santiago de no solamente escuchar la Palabra, sino de ponerla en práctica (ver Santiago 1:22), aunque a menudo me topo con resultados decepcionantes. Soy el tipo de hombre que, montado en un avión, puede leer en su Biblia a las 6 de la mañana sobre cómo Jesús, luego de enterarse de que su primo y amigo cercano Juan el Bautista había sido decapitado, trató de alejarse para orar, pero se topó con una gran multitud que tenía múltiples necesidades. Él dejó a un lado su propio dolor, y sanó

a los enfermos. Luego procedió a darles de comer; no fue sino hasta que proveyó para todas las necesidades de la gente que lo buscaba, que se apartó para pasar un rato a solas en oración como era su intención (ver Mateo 14:12-16). Tremendamente inspirado por la historia, puedo entonces orar a Dios pidiéndole su amor para poder cuidar a otros de manera desinteresada y generosa, y esa misma noche tirarlo todo por la ventana cuando, al llegar a casa, le digo a mi querida esposa Ana María que no quiero saber nada de sus frustraciones con nuestros hijos porque tuve un largo día y estoy muy cansado. Todavía me falta, y me falta mucho.

Sé que soy hijo de Dios, gracias a la sangre preciosa de Jesucristo. Soy también un luchador. Me esfuerzo por resistir en el día malo y, después de haberme preparado bien, confío poder mantenerme firme. Sé que la victoria es mía, por la gracia de Dios, pero también quiero hacer todo lo que esté a mi alcance para complacerlo a Él. Las historias en este libro narran la búsqueda sincera de la rectitud de un viajero: nada sobresaliente, nada especial. Dios ha llamado a unas cuantas personas comunes y corrientes a hacer cosas extraordinarias; la gran mayoría de nosotros, mientras seguimos aspirando a ser personas extraordinarias, hemos sido llamados a encargarnos fielmente de todas las cosas comunes y corrientes. Para mí, seguir los pasos de Jesús en humilde obediencia es un reto suficientemente grande.

Estoy casado con Ana María desde 1988, y tenemos dos hijos. Soy científico del ejercicio, una persona que ama los deportes y que dedicó 10 años a sus estudios universitarios para finalmente descubrir cuán poco sabemos sobre fisiología humana y nutrición deportiva. Vivo en un pequeño país, Costa Rica; doy clases en la Universidad de Costa Rica, y le dediqué una cantidad considerable de tiempo durante once años completos al trabajo de consultoría, lo cual me obligó a viajar internacionalmente más de 90 días al año. Para algunos de Ustedes, eso apenas me califica como *guerrero itinerante*, pero yo considero que sí he cumplido con mi cuota de viajes por asuntos de negocios.

Este no es un libro sobre historias maravillosas y sobresalientes. Al inicio del proyecto, cuando mi esposa Ana leyó algunas partes, me dijo: “Esto no es lo que yo me esperaba; no te entendí bien. Yo pensé que ibas a compartir historias especiales sobre cómo Dios había escuchado y respondido a tus oraciones de manera milagrosa durante tus viajes.” Pues sí, había un malentendido, aunque sí puedo decir que he visto la respuesta de Dios a mis oraciones

durante los viajes. En realidad lo que quisiera es compartir mis reflexiones, mis luchas, mis revelaciones, con la esperanza de que otros puedan ser inspirados por algunas de ellas.

Tanto un poeta cristiano como uno no creyente podrían ser originales en el sentido de que desprecian el ejemplo de sus predecesores y se apoyan en recursos que les son muy particulares, pero con esta diferencia: el no creyente podría tomar su propio temperamento y su propia experiencia así como están, y podría considerar que vale la pena comunicarlos simplemente por tratarse de hechos o, peor aún, por ser suyos. Para el cristiano, su propio temperamento y su propia experiencia, como simples hechos que son, y por el simple hecho de ser suyos, carecen absolutamente de importancia o valor alguno; recurrirá a ellos, si es que lo hace, únicamente porque son el medio a través del cual (o la posición desde la cual) se le reveló algo universalmente provechoso.

C. S. Lewis, *Christianity and Literature* (traducción libre).

Viaje 1

Un lugar donde vivir

Como viajero frecuente, uno tiene sus preferencias. Uno ha aprendido por la experiencia que debe evitar una habitación que esté justo enfrente del ascensor, o al lado de este, debido al tráfico y el ruido que lo acompaña. Por la misma razón, uno se mantiene alejado de las máquinas de hielo (¿por qué será que la gente siempre necesita hielo cuando uno está durmiendo?). Las áreas sociales son, supuestamente, para socializar, lo cual por lo general implica desde niveles bajos hasta niveles intolerables de ruido; como es un hecho que si uno está en la habitación no tiene interés en socializar, las áreas sociales no se mezclan bien con las habitaciones. ¿Por qué algunos hoteles las colocan juntas? El ruido de los automóviles que transitan por las calles de la ciudad y en los estacionamientos se ve aumentado por la alta probabilidad de que se dispare la alarma de algún auto a altas horas de la noche. Usted probablemente se habrá preocupado al notar una puerta que comunica su habitación con la del vecino, porque si bien usted sabe que la puede tener bien trancada para evitar demasiada comunicación con él o con ella, no tendrá más remedio que compartir sus preferencias de canales de televisión y quizás hasta sus canciones mientras se baña. Uno se preocupa si se da cuenta de que se olvidó de verificar que la puerta estuviera en efecto bien trancada, pues a nadie le gustaría que la persona en el cuarto de al lado le revisara sus cosas mientras uno está ausente o, aún peor, mientras uno duerme.

Por cierto, ¿qué puede ser peor que tener un cuarto pequeño sin vista? Que le toque un cuarto pequeño sin vista, al lado de una suite. En una ocasión, yo había llegado unas tres horas antes y, para variar, había tenido tiempo de desempacar todas mis cosas, previendo una estadía de cinco días para participar de un congreso. Entonces llegaron mis vecinos: “¿Viste la habitación que nos tocó? ¡Increíble, este lugar está fabuloso!” La envidia me carcomía mientras escuchaba a la pareja de al lado hacer la gira de reconocimiento por su suite, pero la envidia cedió al temor, que no se marchó sino hasta que la desesperación se hubo acomodado. “Chepe, ¿adiviné qué? Nos dieron una suite. No lo vas a creer, ¡¡¡vení para que veás!!!” Los invitados llegaban con bocadillos, cerveza, música... Yo no podía creer cuántos conocidos tenía esta

gente. Dos horas después ya yo tenía mis maletas listas y había solicitado una transferencia a otra habitación.

Sé lo que está pensando usted, pero yo no soy delicado. Simplemente necesito dormir bien cuando viajo, aún más que cuando estoy en casa. En serio, no soy delicado. Después de todo, mi hotel favorito para los viajes de trabajo es el Holiday Inn Express en Palatine, Illinois. Mis colegas se burlan de mí porque el hotel no es exactamente de lujo, no tiene restaurante, y aunque las instalaciones para hacer ejercicio son amplias y muy prácticas, son un poco rústicas. Pero sé exactamente qué puedo esperar las tres o cuatro veces por año que me alojo en ese hotel cuando visito el cuartel general del Gatorade Sports Science Institute® en Barrington. Cuando llego, me reciben de inmediato con un “Bienvenido una vez más, Dr. Aragón”. Me siento en casa.

“No se angustien. Confíen en Dios, y confíen también en mí. En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas; si no fuera así, ya se lo habría dicho a ustedes. Voy a prepararles un lugar. Y si me voy y se lo preparo, vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté. Ustedes ya conocen el camino para ir adonde yo voy.”

Juan 14:1-4

Yo no sé si a usted le pasa, pero yo resiento los viajes. No me gusta estar lejos de mi hogar. Dios ha puesto en mi corazón un fuerte deseo por el hogar celestial, que me hace estar peculiarmente consciente de mi condición de peregrino, tanto en la vida cotidiana en esta tierra, como durante los viajes. Eso es especialmente cierto cuando hay contrastes claros, como el Hotel Hudson en la ciudad de Nueva York. Llegué el domingo 5 de junio de 2005, la víspera de una reunión de negocios de tres días, después de un retraso de seis horas en el aeropuerto. Mi primera impresión del hotel fue “oscura”: el vestíbulo era oscuro, los elevadores eran oscuros, los pasillos eran sumamente oscuros.

—Qué elegante —dijeron mis colegas.

—Oscuro es oscuro —les contesté.

Y entonces llegué a la habitación: pequeña. Era realmente pequeña. No podía creer lo pequeña que era. Sabiendo que me costaba US\$327 por noche, la sentí aún más pequeña. Le di una ojeada al menú de servicio en la habitación, y los precios eran paralelos al costo del cuarto. (Temiendo que las porciones también serían proporcionales al tamaño del cuarto, decidí que mejor salía a cenar.) Me sentí estafado, aún sabiendo que Nueva York es un lugar caro. Anhelaba estar en casa.

El que estaba sentado en el trono dijo: “¡Yo hago nuevas todas las cosas!”

Y añadió: “Escribe, porque estas palabras son verdaderas y dignas de confianza.”

También me dijo: “Ya todo está hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. Al que tenga sed le daré a beber gratuitamente de la fuente del agua de la vida.

El que salga vencedor heredará todo esto, y yo seré su Dios y él será mi hijo.”

Apocalipsis 21:5-7

Ese día estaremos finalmente en nuestro hogar, y recibiremos lo que es nuestro por la gracia infinita de Dios: un lugar que Cristo mismo nos ha preparado en la mansión de su Padre.

Viaje 2

Triatlón y prioridades

Tiempo atrás, en 1985, cuando era un joven profesor asistente en la Universidad de Costa Rica, fui invitado por el gobierno de Japón a visitar Tokio y Kyoto durante diez días, con motivo del Año Internacional de la Juventud. La invitación me tomó completamente por sorpresa; parecía ser una excelente oportunidad, con todos los gastos pagados, pero tal y como tiende a suceder con las buenas oportunidades, tenía que tomar una decisión rápida.

Decidí aceptar la invitación. A fin de cuentas, podía pedirle a algún colega que cubriera mis clases durante mi ausencia, y definitivamente durante el viaje podría continuar entrenando para el triatlón de El Coco, que se correría unas pocas semanas después. Bueno, tal vez tendría algunos problemas con el ciclismo, pero estaba seguro de conseguir una piscina para entrenar natación en el hotel, y el entrenamiento de carrera se podría hacer en cualquier parte... Se trataba de una oportunidad que no podía perder, a pesar de que había estado entrenándome para El Coco por varios meses.

Ahora bien, la verdad es que no estaba listo para los retos que me tocó enfrentar: cambios en la dieta, desfase horario total, una agenda sumamente apretada, distracciones y diversiones, presiones de trabajo. Pronto se me hizo demasiado claro que tendría que concentrarme en el entrenamiento de la carrera y olvidarme de lo demás; con “lo demás”, renuncié también a mis tiempos de oración.

Unos pocos días después de regresar a Costa Rica, fui a la iglesia el domingo por la noche. El padre Fernando Muñoz predicó el Evangelio con mucha inspiración, y tocó mi corazón: predicó sobre el amor a Dios y sobre la necesidad de ordenar correctamente nuestras prioridades. Con mucho dolor, me di cuenta de que mis prioridades no estaban bien: al escoger el viaje a Japón, había decidido que El Coco no era tan importante, cuando en realidad sí lo era. Peor aún: al seguir entrenando la carrera durante el tiempo en Japón, pero dejando de orar, había decidido que El Coco era más importante que mi relación con Dios.

Esa noche me arrepentí sinceramente en oración delante de Dios. Tomé la decisión de no competir en El Coco como una señal personal de que Dios era mi prioridad sobre todo lo demás.

Uno de los maestros de la ley se acercó y los oyó discutiendo. Al ver lo bien que Jesús les había contestado, le preguntó: —De todos los mandamientos, ¿cuál es el más importante? —El más importante es: “Oye, Israel. El Señor nuestro Dios es el único Señor—contestó Jesús—. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.”

Marcos 12:28-30

Viaje 3

No hay cuartos disponibles

Debo reconocer que mi experiencia no fue nada, comparada con las complicaciones que padecieron aquellas personas que tuvieron que soportar la cancelación de aproximadamente 250 vuelos, debido a problemas de manejo de equipaje en la entonces recién inaugurada terminal 5 del aeropuerto de Heathrow (Londres) en marzo del 2008, o peor aún, la cancelación de más de 2500 vuelos de American Airlines durante una semana de pesadilla en abril del 2008. Me doy cuenta de que lo mío fue una simple incomodidad comparada con las complicaciones, incertidumbre y legítimo terror experimentado por los pasajeros que volaban hacia varios aeropuertos en los Estados Unidos de América el 11 de setiembre de 2001, cuando los desviaron hacia otros aeropuertos donde quedaron atrapados durante varios días. Y no hay comparación con el trastorno más grande que ha sufrido la aviación desde la II Guerra Mundial, a causa de la erupción del volcán Eyjafjallajökull en abril del 2010.

En mi caso en particular, fue en julio de 1998, cuando iba volando hacia Durango, Colorado, para una reunión científica. Me acompañaban mi esposa y mi hija de ocho años, y todos íbamos muy entusiasmados por la oportunidad de viajar juntos. Temprano en la mañana, había fallado el sistema centralizado de control para los pases de abordar de nuestra aerolínea, pero nosotros no teníamos ni idea de la gravedad del problema. Para nosotros, se trataba sencillamente de que nuestro primer vuelo del día había salido con un par de horas de retraso.

Ahora bien, como tiende a suceder en esos casos, nuestra salida tardía se complicó cuando el piloto anunció que tendríamos que hacer una parada en Ciudad de Guatemala porque no teníamos suficiente combustible (?), lo cual implicaba pasar dos horas a bordo en tierra antes de continuar hacia los Estados Unidos. Por fin volamos hacia Dallas/Ft. Worth, donde nos informaron que definitivamente no lograríamos llegar a nuestro destino final ese día, y nos pusieron en un vuelo a Albuquerque, Nuevo México. “Al llegar ahí, les entregarán unos cupones para su hotel y comidas, y partirán a la mañana siguiente con rumbo a Durango.”

La realidad en Albuquerque era radicalmente distinta de lo que nos imaginábamos: nos costó mucho encontrar algún representante de la aerolínea que nos ayudara, y cuando por fin lo

hallamos, se tardó alrededor de dos horas consiguiendo nuestros cupones y el nombre y la dirección del hotel. El transportista del hotel nos dejó frente a la puerta y se marchó, dejando a tres viajeros cansados con todas sus maletas. Al vernos, el recepcionista del hotel se rio y nos dijo que era imposible que tuviéramos una reservación, ya que todos los cuartos estaban ocupados. “De hecho, todos los hoteles de la zona están repletos, pues hay una convención en la ciudad y no hay un solo cuarto disponible”, nos dijo un poco más serio. Nosotros no podíamos creer que la aerolínea hubiera sido tan irresponsable como para enviarnos a un hotel sin reservación, pero caímos en cuenta de la dolorosa realidad: esa había sido la única manera de deshacerse de nosotros en el aeropuerto.

Discutimos, esperamos, rogamos... y nada. El hotel simplemente no tenía cuartos disponibles. Hasta que llegó alguien que hizo unas cuantas llamadas telefónicas, y nos dio el nombre y la dirección de un hotel donde podríamos hospedarnos. “Está como a media hora de aquí en taxi, pero allí podrán dormir”, aclaró. Eso fue como música para nuestros oídos, pues ya para entonces eran casi las 10 p.m.

Conseguimos un taxi, subimos nuestro equipaje, y le explicamos al conductor adónde queríamos ir. Mientras él procedía a conducir sin decir palabra, yo no pude dejar de notar cuán inmensamente grande era ese hombre: conducía un Lincoln Continental viejo, que es un auto sumamente ancho y espacioso, y aún así sus anchos hombros abarcaban desde la ventana izquierda hasta la mitad del respaldo del asiento. *¡Qué grande!*, pensé. *Y probablemente muy fuerte. Espero que no sea peligroso.* Yo no me sentía nada seguro.

Después de unos pocos minutos, nuestro conductor nos dijo que procediéramos a cerrar nuestras ventanas y trancar nuestras puertas. Nos explicó que no debíamos prestarle atención a nadie si él se veía forzado a detenerse en algún semáforo. Ana y yo nos volvimos a ver, compartiendo nuestra preocupación sin decir palabra. El conductor procedió entonces a preguntarnos por qué queríamos hospedarnos en el hotel que le indicamos: “¿Quién les recomendó *ese* hotel? Esa zona no es nada segura. Les sugiero que aseguren bien la puerta cuando entren a su habitación, y que no le abran absolutamente a nadie hasta que estén listos para partir mañana por la mañana.” A mi esposa no le hizo nada de gracia escuchar eso, y decidimos reconsiderar nuestro plan de acción. Le preguntamos al taxista si el aeropuerto de Albuquerque permanecía abierto toda la noche, y nos dijo que sí; le pedimos entonces que se

diera media vuelta de inmediato y que nos llevara de regreso al aeropuerto. Si bien probablemente no dormiríamos gran cosa, al menos nos sentiríamos más seguros.

No pude evitar sentirme un poco como José en Belén, cuando no podía encontrar un cuarto para María, su esposa embarazada: debe haber sido horrible para él el no poder brindarle a su esposa un refugio, un techo decente. José no tenía reservaciones, y había un evento grande (el censo) en el pueblo. Tocó varias puertas, y en todas le dieron la misma respuesta. Probablemente se sintió inseguro, cansado y desesperanzado. Claro, mi esposa no estaba a punto de dar a luz al Hijo de Dios, pero yo estaba muy tenso, casi desesperado. Me sentí totalmente inútil, incapaz de proveerle a mi familia un lugar seguro donde dormir. Además, estaba sumamente enojado con la aerolínea por habernos mentido de una forma tan descarada.

Cuando estábamos a punto de llegar al aeropuerto, el conductor dijo: “¡Vean, pareciera haber cuartos disponibles en ese *Motel 6!*” Se salió de la autopista, habló con el encargado de la recepción, y nos informó que había un único cuarto disponible, un cuarto para fumadores. Lo aceptamos, le dimos las gracias a nuestro ángel taxista, y caímos rendidos en nuestras camas.

(Al verificar algunos de los detalles de esta historia con mi esposa y mi hija, esta última dijo: “Recuerdo claramente que el taxista tenía una espalda enorme: cuando se bajó a sacar nuestro equipaje, no podía creer lo anchos que eran sus hombros. Ah, y también recuerdo que el cuarto del hotel apestaba, era un cuarto para fumadores. Nos acostamos a dormir después de la medianoche, y nos teníamos que levantar a las 4:30 a.m. Mejor nos hubieran dejado durmiendo en el aeropuerto desde el principio.” Es increíble lo que puede recordar una niña de ocho años de edad, diez años después.) En todo caso, todo salió bien de ahí en adelante. ¡Hasta nos llegó una disculpa de la aerolínea por escrito!

Esa noche, experimenté en carne propia lo que debe sentir un extraño, un extranjero sin hogar en una ciudad donde el peligro acecha a la vuelta de cada esquina. Recordé claramente cómo Dios nos manda hacer espacio en nuestros hogares para el forastero, y le di gracias a Él por habernos enviado a un taxista honesto y hábil.

Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: “Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve

sed, y me dieron de beber; fui forastero, y me dieron alojamiento; necesité ropa, y me vistieron; estuve enfermo, y me atendieron; estuve en la cárcel, y me visitaron.” Y le contestarán los justos: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos como forastero y te dimos alojamiento, o necesitado de ropa y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y te visitamos?” El Rey les responderá: “Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí.”

Mateo 25:34-40

Esta historia y la meditación quedarían incompletas si no honrara a mi esposa Ana María. A principios de los años 90 vivíamos en Ann Arbor mientras yo estudiaba mi postgrado en la Universidad de Michigan. Todos los veranos había un evento de una semana que se llamaba La Feria Callejera de Artes de Ann Arbor. Llegaba tanta gente que se duplicaba la población de la ciudad. En 1992, Ana estaba recorriendo la Feria de Artes cuando se topó con un grupo de 10 músicos suramericanos de los Andes. Mientras los escuchaba tocar su música, sintió que Dios la movía a ayudarlos. Pocos minutos después, uno de los músicos se le acercó y le preguntó directamente si sabía de un lugar donde se pudieran hospedar, pues no lograban encontrar lugar alguno.

Cuando llegué a casa (un apartamento de dos habitaciones) aquella noche, Ana me dijo que los había invitado a hospedarse con nosotros.

—¡Pero, pero, pero... ni siquiera sabés quiénes son! ¡Y son demasiados, y son artistas vagabundos, y podrían ser peligrosos, y casi no tenemos plata, y realmente no tenemos campo! —. Yo le presenté mis argumentos totalmente razonables en un rápido crescendo, pero ella me desarmó con un movimiento hábil y rápido:

—Yo creo que Dios nos está pidiendo que les abramos nuestro hogar: son forasteros que están lejos de su tierra.

Y así lo hicimos: tomamos prestados varios colchones de nuestros vecinos y los acomodamos en nuestro pequeño sótano. Ana preparó una cena y desayuno para todo el grupo. Nosotros tres pasamos la noche encerrados en nuestra habitación. Ellos se marcharon a la

mañana siguiente, y no sucedió nada malo. Ana escuchó la voz de Dios, y decidió obedecer. Que Dios nos conceda a todos estar atentos a su Palabra.

Fui forastero, y me dieron alojamiento . . .

Viaje 4

Taxistas

Están en todas partes; son parte esencial de los viajes. De la India, Colombia o Afganistán, a veces uno tiene la impresión de que tienen que ser obligatoriamente provenientes de cualquier lugar excepto del país que uno está visitando. Los hay callados, amigables, y hasta invasivos. Estos últimos incomodan un poco, porque lo hacen a uno repasar mentalmente algunas reglas de seguridad personal que le han enseñado en la oficina, como por ejemplo “No dé información sobre quién es usted o por cuánto tiempo estará ausente de su casa”, y “Asegúrese de que el conductor de su taxi tenga claro que tanto usted como una tercera persona saben quién lo está transportando.”

Ciertamente, los taxistas son muy diversos en los distintos lugares, pero en todas partes se encuentra uno con los “taxistas informales”. Estos no tienen licencia oficial para brindar sus servicios, no pertenecen a compañía alguna, y pueden variar desde los que son ligeramente deshonestos hasta los claramente peligrosos. En 1998 me correspondió viajar a Maracaibo, Venezuela, para dar una conferencia en un congreso médico previo a los Juegos Centroamericanos y del Caribe. Mi llegada en avión al aeropuerto internacional de Maiquetía estaba programada para el final de la tarde, de manera que no podría hacer conexión ese mismo día hacia Maracaibo; decidí quedarme a dormir en un hotel cercano al aeropuerto. Mientras retiraba mi equipaje me topé con el Dr. Francisco Arroyo y su esposa, que llevaban el mismo rumbo, y decidimos tomar un taxi juntos hacia el hotel. Un taxista se nos acercó y nos ofreció sus servicios; nosotros, en nuestra distracción, no nos percatamos de que se trataba de un taxista informal hasta que acercó su automóvil. Francisco y yo nos miramos, pero ninguno de los dos fue lo suficientemente astuto como para reaccionar y rechazar el servicio. Unos minutos más tarde, cuando el conductor empezó a manejar por calles angostas y oscuras, nos lamentamos de la mala decisión. Estábamos tan tensos, que cuando el taxista nos preguntó si nuestra compañía nos pagaba el hotel, ambos le preguntamos el porqué de su interrogante y le exigimos que nos llevara de inmediato al hotel que habíamos escogido. El conductor alegó que estaba intentando

ahorrarnos dinero (hubiéramos preferido que nos cobrara una tarifa razonable por el transporte), pero nunca nos tragamos esa historia. Gracias a Dios, podemos hablar del tema y reírnos.

En Argentina tienen los taxis regulares, pero también es posible pedir un *remise* (remís). Los “remiseros” tienden a ser personas bien educadas que han perdido sus trabajos, y tienen que ganarse la vida manejando. Generalmente tienen un buen auto, funcionan con licencia formal, y son el medio de transporte preferido de los hombres y mujeres de negocios en Buenos Aires. En el año 1999, mi esposa Ana María y yo estábamos de visita en Argentina dando una serie de conferencias para Roche Farmacéutica y el Gatorade Sports Science Institute®; nuestro chofer en Buenos Aires era un “remisero”, Manolo. Cuando lo conocimos, yo le conté que ya había estado en Argentina dos veces anteriormente y le mencioné que “afortunadamente, esta vez me acompañó mi esposa”. Él me malinterpretó (supongo que estaba acostumbrado a llevar pasajeros que preferían viajar libres, solitos), y empezó a explicarme el gran privilegio que tenía de estar con mi esposa. Ana le dijo que estaba totalmente de acuerdo con él, y le aseguró que estábamos encantados de estar juntos.

Manolo se sorprendió por la manera amable, gentil y respetuosa en que lo tratamos. Nos transportó varias veces y, cuando nos despedimos, sentimos que estábamos dejando atrás a un amigo. Su historia era triste: su esposa tenía un tumor cerebral, estaban separados, y él había perdido su trabajo de tiempo completo con Roche debido a una reestructuración de la compañía, a raíz de lo cual se había visto obligado a trabajar como remisero. Nosotros hicimos lo posible por compartirle nuestra fe, animándolo y dándole esperanza.

Un año después, en mi siguiente viaje a Argentina, Ana le envió un CD con música cristiana y una Biblia. Yo hablé con él por teléfono, y me aseguré de que recibiera el regalo. Pasado un breve tiempo, Manolo nos correspondió con dos regalos especiales, el tipo de cosas que uno sabe que tenían un significado especial para él. Nos alegramos porque pudimos ver que habíamos sido instrumentos útiles en las manos de Dios.

Siete años más tarde, estoy en Londres. Un hombre joven, Barty Dearden, me sirve de taxista, llevándome de un lado para otro durante la filmación de un comercial de Gatorade. Barty me da una nueva oportunidad de explicar mi fe. Pero esa es otra historia.

Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con gentileza y respeto.

1 Pedro 3:15b-16a

Viaje 5

Crisis con la computadora

¿Se han fijado alguna vez en la forma en que los fabricantes de computadoras portátiles se aprovechan de nuestro temor de tener un accidente que nos hará perder toda nuestra información? Ellos saben lo que hacen. Si usted nunca ha tenido una experiencia de esas, espero que nunca la tenga. No es sino hasta que sucede lo peor que uno se da cuenta de que sus respaldos tenían demasiadas limitaciones.

Yo tuve mi primera computadora portátil a finales de 1997, cuando comencé a trabajar como consultor del Gatorade Sports Science Institute®. Era gruesa, era blanca, era pesada... pero era portátil, y más rápida y potente que mi computadora de escritorio, que ya para entonces tenía 4 años. Esa *laptop* ya había viajado conmigo varios cientos de miles de kilómetros sin una sola caída ni reguero de agua en el teclado, y solamente dos problemitas eléctricos, cuando le tocó ser sustituida en mayo de 2000, a pesar de haber sobrevivido a la “pulga del milenio”.

Mi nueva *laptop* estaba lista. Todos mis archivos habían sido transferidos, y la computadora vieja se había reciclado. En una de mis rápidas visitas a las oficinas principales de la compañía, le pedí a la persona encargada de soporte técnico que me instalara dos programas que me permitirían comunicarme directamente con la compañía, y le dejé la computadora. Un rato más tarde, mientras yo participaba de una reunión importante, la encargada abrió la puerta, entró y me susurró al oído: “Luis, usted mantiene buenos respaldos, ¿verdad? Qué bueno, me alegra.” Y se marchó. Lo digo en serio.

Ahora bien, como consultor independiente, yo trabajaba por mi cuenta. Ciertamente hacía con regularidad respaldos de la mayoría de mis archivos, pero jamás me imaginé lo poco sistemático que era mi procedimiento. Desde luego, no me pude quedar en la reunión ni cinco minutos; me salí para averiguar por qué me habían hecho una pregunta tan extraña en un momento tan inoportuno. La respuesta era simple: la computadora se había “pegado” varias veces, y la encargada decidió reformatear el disco duro y volver a instalar el sistema operativo y todo el resto del *software*. No se detuvo a pensar en las consecuencias porque todas las

computadoras del edificio se respaldaban diariamente en forma automática... ¡hasta que cayó en cuenta de que yo no era más que un visitante!

Se podrán imaginar la situación. Era muy factible que hubiera perdido todos mis archivos: tesis doctoral, datos de investigaciones, conferencias... años y años de trabajo. Y había algo que empeoraba las cosas: yo estaba de viaje. Pasarían cuatro días más antes de regresar a casa para revisar y ver qué había sobrevivido. Me quedé frío, anonadado, sin saber qué hacer. Busqué un teléfono para llamar a mi esposa Ana María, en busca de algún apoyo emocional. Definitivamente no estaba preparado para lo que me encontré.

—Qué dicha que llamaste, esto es horrible —me dijo apenas contestó—. Tiene sífilis, ¡con razón no quería ir al doctor! —Un libro completo no podría explicar lo que esa frase significaba para nosotros, pero tendrán que bastar dos simples párrafos.

Después del nacimiento de nuestra primera hija Ana Victoria, mi esposa Ana tuvo dos pérdidas. Luego vinieron algunos problemas de salud y una cirugía, y simplemente no pudimos tener más hijos por seis largos años. Comenzamos a orar acerca de la posibilidad de adoptar, y decidimos abocarnos a ello. A lo largo de dos años dimos todos los pasos necesarios, preparamos nuestro hogar y nuestros corazones, aprendimos acerca de nuestras limitaciones, y nos topamos con todas las deficiencias del sistema costarricense.

Y por fin llegó el día: una mujer de 30 años que tenía tres meses de embarazo y no estaba en posibilidades de criar a su futuro bebé. Tuvimos algunas entrevistas, comenzamos a darle apoyo económico, y nos aseguramos de que tuviera acceso a una buena atención médica. Pero precisamente ahí estuvo el problema: ella no había asistido a las citas porque sabía demasiado bien desde el inicio que estaba infectada de sífilis. Nosotros, mientras tanto, sabíamos que no estábamos preparados para un bebé que podría ser ciego o tener alguna otra discapacidad severa. Nos sentimos culpables por ello, tuvimos fuertes luchas con los sentimientos egoístas, pero después de orar y conversar al respecto muchas veces, supimos que no teníamos la fuerza emocional para enfrentarnos con algo así.

Yo colgué el teléfono, salí del edificio, y lloré desconsoladamente. ¡Ni siquiera podía abrazar a Ana, que estaba pasando por un dolor mucho más grande que el mío! ¡Qué momento tan espantoso para estar lejos de casa! ¿Qué debía hacer? ¿Adónde debía ir? El pastor Roberto Sabeán, que ha sido un padrino espiritual para mí, dice que una de las riquezas de memorizar las

Escrituras es que uno las puede recitar en tiempos de dificultad, esté donde esté. Yo clamé a Dios lleno de dolor, una y otra vez: *Solo en Dios encuentro paz, mi salvación viene de Él. Solo Dios me salva y me protege. No caeré, porque Él es mi refugio* (ver Salmo 62:1-2, DHH). *Todo mi ser se consume, pero Dios es mi herencia eterna, y el que sostiene mi corazón* (ver Salmo 73:26, DHH). Él decidió dejarme experimentar aquel dolor por mucho tiempo. A mí me pareció que fue demasiado tiempo.

La crisis con la computadora llegó a resolverse, después de mucho estrés e incertidumbre, y me hizo perder solamente dos semanas de trabajo. El asunto familiar nos tomó dos años más. Durante todo ese tiempo estuve orando con los Salmos 42-43 desde lo más profundo de mi corazón. El bebé, gracias a Dios, fue adoptado por una pareja de amigos nuestros, a quienes Dios había preparado para ese momento en particular.

*Un abismo llama a otro abismo en el rugir de tus cascadas;
todas tus ondas y tus olas se han precipitado sobre mí.*

Salmo 42:7

Viaje 6

Celo por la evangelización

A menudo me pregunto hasta qué punto se trata de un asunto de obediencia a la Palabra de Dios, y hasta qué punto tiene que ver con la personalidad de uno. El hecho es que a mí me cuesta mucho evangelizar al pasajero del asiento de al lado, es decir, predicarle el Evangelio a un completo extraño. Simplemente no es mi estilo. Pero siempre me queda la sensación de que debería estar haciendo algo al respecto.

Precisamente por esa razón es que admiro a personas como mi hermano David Mijares. David vivió en Costa Rica por unos pocos años (¡demasiado pocos!), trabajando como misionero católico para un ministerio universitario cristiano. En cuestión de unas pocas semanas, todos los pasajeros frecuentes del autobús a la Universidad sabían que era “un cura o algo así”, siempre hablándole de Dios a quien se animara a sentársele al lado. David no perdía el tiempo. Nunca.

Por aquellos tiempos, a finales de los años 80, David estaba esperando en el aeropuerto de El Salvador. Estaba tratando de aprovechar el tiempo de la mejor manera posible mientras esperaba su conexión en la sala de abordaje, y le metió conversación al hombre que tenía sentado a su lado, con la clara intención de compartirle las Buenas Nuevas.

—Yo soy ingeniero de profesión, pero ahora trabajo como misionero, dedicándole el 100% de mi tiempo a predicarles el Evangelio a estudiantes universitarios. No hay nada mejor en la vida que conocer a Jesús y trabajar para él —le dijo David.

—Pues puedo entenderlo perfectamente, porque yo también me dedico a eso —le contestó el hombre.

—¿De veras? ¿Y qué hace usted? —preguntó David.

—Pues soy el Obispo de San Salvador... —le respondió él.

Este obispo debe haber estado encantado de conocer a un joven con tantísimo celo... Para mí, ese es exactamente David.

En presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de venir en su reino y que juzgará a los vivos y a los muertos, te doy este solemne encargo: predica la Palabra;

*persiste en hacerlo, sea o no sea oportuno; corrige, reprende y anima con mucha
paciencia, sin dejar de enseñar.*

2 Timoteo 4:1-2

Viaje 7

Mi mayor temor

Todos tenemos temores. Algunos son más grandes, otros más pequeños. Algunos son más reales que otros. Cuando niño yo le tenía terror al hombre del armario, un hombre que por supuesto no estaba ahí. Años más tarde tenía miedo de olvidarme de algún examen de la Universidad, y de llegar a la clase sin haber estudiado (esto tampoco era muy realista que digamos). Hace apenas una semana, estando en Colorado, tuve una pesadilla en la que Satanás mismo me jalaba las sábanas hacia abajo por ambos lados de la cama, y yo no me podía mover ni podía hablar. Estoy seguro de que grité “¡¡¡UUUUUUY!!!” al mismo tiempo que me despertaba empapado en sudor frío. La ventaja es que mi esposa estaba a salvo en nuestra casa; de otro modo, le habría pegado un enorme susto.

Pero mi peor pesadilla, mi temor más grande, ha sido siempre el ahogarme bajo el agua. Es curioso que haya decidido aprender a bucear con tanques y que me haya entrenado como guardavidas. Pero el temor es real: puedo sumergirme, nadar bajo el agua, aguantar la respiración, e inclusive practicar a dejar mis tanques de aire comprimido en la parte profunda para nadar cerca del fondo hasta el otro extremo de una piscina de 25 metros, dejando salir el aire lentamente de mis pulmones. Todo eso lo hago sin problema, pero en el instante en que hay un obstáculo entre la superficie y yo, entro en pánico. ¡No puedo soportar la posibilidad de no poder salir de nuevo a la superficie!

Es diciembre del año 2000, y estoy en Cooranbong, Australia, donde la he pasado muy bien trabajando en equipo con Darren Morton, un fisiólogo del ejercicio de la Universidad de Avondale. Hemos trabajado con esmero en nuestro proyecto de investigación, pero también hemos compartido algunas aventuras al aire libre. Él y su hermano me trajeron a una caminata a la orilla del mar: los paisajes son impresionantes, y el camino no es apto para cardíacos. En un momento determinado llegamos a este acantilado, y tenemos que saltar a caer entre las olas que revientan unos 4 ó 5 metros más abajo. El hermano de Darren salta primero, para mostrarme cómo sincronizar bien el salto con las olas, y yo lo sigo inmediatamente, sin problemas. Nadamos unos doscientos metros, y llegamos a una pequeña ensenada donde nos mantenemos a

flote por unos minutos. Todo marcha bien, hasta que me dicen que la única manera de salir de ahí es nadando bajo el agua a través de un túnel de 5 metros de longitud, para llegar a una caverna. ¿Cómo hicieron para encontrar ese lugar? La verdad es que eso no importa; lo que importa en este momento es que de ninguna manera voy a entrar en el túnel.

Darren entra, y lo sigue su hermano. Unos pocos minutos después Darren vuelve a salir y me encuentra flotando, psicológicamente paralizado, incapaz de sumergirme. Él trata de convencerme, pero se topa con mi incapacidad de superar el miedo. Pasan 30 largos minutos; ¡es muy probable que el peligro de las olas que revientan en las rocas a nuestro alrededor sea mayor que lo que pudiera pasar al sumergirme, pero yo simplemente no lo puedo hacer! Tengo una esposa y una hija. No me puedo morir.

Por último, elevo una plegaria a Dios para que me dé el valor y la protección, tomo una bocanada de aire, y entro al túnel. Valió la pena, pues la caverna al otro lado es impresionante: alta, con un ocasional destello de luz que se filtra por el extremo opuesto y nos muestra la salida. Logré dominar mi temor más grande... aunque haya sido por un breve instante.

A ustedes, mis amigos, les digo que no teman a los que matan el cuerpo pero después no pueden hacer más. Les voy a enseñar más bien a quién deben temer: teman al que, después de dar muerte, tiene poder para echarlos al infierno. Sí, les aseguro que a él deben temerle. ¿No se venden cinco gorriones por dos moneditas? Sin embargo, Dios no se olvida de ninguno de ellos. Así mismo sucede con ustedes: aun los cabellos de su cabeza están contados. No tengan miedo; ustedes valen más que muchos gorriones.

Lucas 12:4-7

Viaje 8

Sin control

Mi primer viaje formal de negocios fue en setiembre de 1997. Volé con mi jefe a Argentina, un viaje excelente como inducción. Aprendí de él algunos detalles básicos que fueron muy útiles después: aprendí que existían cosas como salas de espera VIP en los aeropuertos y ascensos de clase en los vuelos (*upgrades*). Aprendí que a veces es mejor, aunque salga más caro, comer en el aeropuerto mientras uno espera el momento del abordaje. Después de varias experiencias interesantes en ese viaje, surgió una pregunta inocente:

—Bob, ¿alguna vez te has quedado atascado en algún lugar, digamos Australia, cuando te cancelan el vuelo o algo así? ¿Qué hace uno en tal situación?

Él sonrió mientras me miraba gesticular intensamente, como buen latinoamericano, preocupado ante la sola posibilidad de que me pudiera pasar algo así. Me respondió con calma, en ese estilo claramente a la Bob Murray:

—Nada. Sí, sí me ha pasado, pero yo simplemente me acomodo a las circunstancias y no hago nada. ¿Qué podría hacer de todos modos? Yo sé que no tengo control en esas circunstancias —esas fueron quizás las palabras más sabias que escuché durante todo el viaje.

Cinco años después iba de visita a Buenos Aires una vez más. Tenía que dar varias conferencias que aún no había terminado, pero estaba llegando 24 horas antes del evento, con tiempo de sobra para descansar y completar mis asignaciones. El descanso era importante después de volar toda la noche, ya que a pesar de que normalmente logro dormir bien en esos vuelos, el tiempo es demasiado corto (unas cinco horas); yo necesito mis siete horas diarias como mínimo.

Como de costumbre, estaba profundamente dormido cuando la tripulación empezó con la rutina de desayuno y limpieza, una hora antes del aterrizaje. Conforme descendíamos puntualmente hacia el aeropuerto de Buenos Aires, a eso de las ocho de la mañana, se escuchó la lúgubre voz del capitán, que anunciaba que no podríamos aterrizar debido a que había fuertes vientos cruzados en la pista de aterrizaje o algo así (eso fue todo lo que pude entender, ya que, como es costumbre, el sistema de altavoces tenía el volumen demasiado alto y el sonido era de

pésima calidad; además, el capitán seguramente se había graduado con honores del curso de Murmullos y Comunicación Avanzada en Clave, esa clase que toman todos los pilotos cuando los médicos están tomando Escritura de Recetas en Jeroglíficos). Volamos en círculos durante casi una hora, antes de desviarnos hacia Paraguay.

Por supuesto, al llegar a Paraguay no nos permitieron desembarcar. Tuvimos que quedarnos en el avión como dos horas, mientras nos reabastecían de combustible y el capitán se mantenía en contacto con Buenos Aires. Sobra decir que la mayor parte de ese tiempo no podíamos utilizar los baños y se nos pidió que permaneciéramos en nuestros asientos. La batería de mi computadora portátil estaba totalmente agotada, mientras que mis baterías personales se iban descargando con rapidez. Ya había empezado a ponerme tenso desde que nos alejábamos de Buenos Aires: ¿Cuánto rato va a tomar esto? ¿Nos estarán diciendo la verdad? ¿Cómo voy a hacer para terminar de preparar mis presentaciones? La primera pregunta era la más importante y, naturalmente, era la más difícil de responder. Un caso de descontrol total.

Finalmente despegamos, con la idea de hacer otro intento de aterrizar en Buenos Aires. Cuando eso falló, el avión fue desviado hacia Montevideo, Uruguay, que está a muy pocos kilómetros de distancia. Aterrizamos, y ahí sí se nos permitió bajarnos del aeroplano. Como una cortesía para compensarnos por todas las dificultades que estábamos pasando, se nos permitió a los doscientos y pico de pasajeros entrar a la sala VIP mientras se decidía cómo íbamos a proceder; la sala estaba tan llena de gente que resultaba muchísimo más cómodo esperar en el área general de la sala de abordaje, pero todos estábamos demasiado cansados como para darnos cuenta.

Conecté mi computadora al tomacorriente e intenté trabajar en mis presentaciones, aunque me interrumpían constantemente con rumores del tipo “van a contratar un bote para que nos lleve cruzando el río hasta Buenos Aires”, o “los vientos son tan fuertes que prohibieron el tránsito de barcos por el Río de la Plata”, o “parece que nuestro avión fue el único que no pudo aterrizar hoy en Ezeiza”. Aguanté alrededor de SEIS horas sin información alguna de la aerolínea, alternando entre tratar de trabajar en mi computadora, hacer fila para usar el baño, y subirme por las paredes del aeropuerto de Montevideo.

Finalmente nos llamaron a regresar a la sala de abordaje: embarcamos, despegamos, aterrizamos, y se acabó la pesadilla. Mis colegas me recogieron en el aeropuerto y me llevaron al

hotel, tal y como debió haber sido desde el principio, solo que 12 horas tarde y después de gastar por lo menos 10.000 kilocalorías de energía emocional. Me pregunto por qué las revistas de las aerolíneas no tienen una sección para que los viajeros cuenten historias parecidas...

A pesar de experiencias como esta, trato de recordar constantemente que el no tener control en todo momento podría hasta ser espiritualmente saludable, ya que le da más espacio a Dios para intervenir, para mostrarnos su amor, para derramar su gracia sobre nosotros. ¡Qué lástima que la falta de control aún represente un reto tan grande para mí!

El corazón del hombre traza su rumbo, pero sus pasos los dirige el Señor.

Proverbios 16:9

Viaje 9

¿Culpable?

A finales de agosto de 2002 estoy en Lima, Perú, después de un vuelo directo desde Costa Rica que me tomó menos de tres horas. Se supone que debo apoyar a un grupo que va a evaluar a un triatleta local, para lo cual me traje un aparato que sirve para medir el estrés por calor ambiental. El empleado de aduanas que está registrando mi equipaje quiere saber qué es ese aparato y cuánto me costó. Le explico que soy científico y que el aparato no es más que un termómetro ambiental sofisticado, con la capacidad de medir también la humedad relativa y el calor por radiación. Le digo que el equipo es usado, que seguramente me costó como 500.000 colones hace unos años. Por supuesto, él quiere saber cuánto es eso en moneda local, y como yo no conozco el tipo de cambio a la moneda local, el hombre pierde la paciencia y me manda a una ventanilla donde tendré que llenar algunos formularios y pagar los impuestos correspondientes.

Me llevo mi equipaje a regañadientes hacia la ventanilla, y le pido ayuda a una señora que trabaja distraídamente en su computador. “El encargado no está, vuelve en cinco minutos”, me dice sin levantar la vista. Conforme cinco se convierten en diez y luego en quince, me comienzo a impacientar. Pero como sé muy bien que la impaciencia es una mala compañera en esas circunstancias, opto por entretenerme observando a los pasajeros que van pasando por aduanas: una mujer con una bolsa tan pero tan pesada que con costos la puede arrastrar. Un hombre con dos hermosos perros pastor alemán. Una familia visiblemente agotada. Después de unos instantes, me doy cuenta de un detalle interesante: ¡nadie me está observando a mí!

¿Qué me impide irme? —pensé—. A ver, a ver... Tengo mi pasaporte y documentos de migración y aduanas. Bien. Tengo el monitor WBGT de estrés térmico. La valija, la computadora personal... ¡tengo todo! Okey, respiremos profundo: si comenzara a caminar directamente hacia la salida, ¿quién podría detenerme? Ya pasé las estaciones de aduanas, y ya pasé migración. Si alguien me detuviera y me interpelara, perfectamente le podría decir que estoy buscando al encargado. Excelente, ya tengo un plan. Después de todo, ya llevo media hora y no ha aparecido nadie para atenderme. ¡Me voy!

Con el corazón acelerado, pero seguro de aparentar total tranquilidad, me dirijo hacia la salida. Cruzo las puertas, encuentro a un hombre que sostiene un cartel con mi nombre, nos subimos al auto, y desaparezo del mapa. *¡Qué fácil! ¡Qué astuto que soy! Y pensar que a estas alturas estaría todavía esperando a que me atendieran, para pagar unos impuestos que ni siquiera me correspondía pagar...*

Las pruebas salen bien, logramos tener suficiente exposición en los medios de comunicación, y la misión es un éxito completo. Dos días después regreso al aeropuerto para tomar un vuelo directo de vuelta a casa. Me reporto en el mostrador, me dan el pase de abordaje, paso la revisión de seguridad, y le entrego mi pasaporte a la oficial de migración. Ella lo sella, me lo devuelve y conforme doy media vuelta para dirigirme a la sala de abordaje, la escucho decirme:

—¡Señor, disculpe usted! ¿Podría regresar un momento, por favor?... ¿Me permite su pasaporte otra vez? —En menos de un minuto, aparece un policía que toma mi pasaporte y me pide que lo acompañe. Caminamos juntos en silencio hasta un cuartito pequeño, donde me pide que espere y me encierra bajo llave. Hasta ese momento no se me ha ocurrido pensar en el incidente que viví en la aduana al llegar, pero de repente todo pasa vertiginosamente frente a mis ojos. De súbito me siento como si estuviera parado desnudo frente a mi jefe. ¿Cómo se dieron cuenta? ¿Será que me grabaron con una cámara de video? Y ahora, ¿qué digo? ¡Mi fabuloso plan jamás contempló esto! Y para peor de males, voy a perder mi vuelo...

¡Qué gran diferencia cuando uno tiene la conciencia limpia! Ese no era mi caso. Cuando el policía regresó media hora después, yo era un manojito de nervios. Pero él no lo notó, simplemente se disculpó porque tenían a alguien con un nombre parecido en su lista negra, y dijo que todo había sido una confusión. Me animó a apresurarme para que no perdiera mi avión y yo, ni lerdo ni perezoso, salí disparado hacia la sala de abordaje.

Cuatro horas después aterrizaba en Costa Rica. Esta vez no tuve que pagar por el crimen cometido porque no me atraparon; cuando esté frente al Señor, no tendré que pagar por mis crímenes porque Cristo ya derramó su sangre y dio su vida por mí.

En otro tiempo ustedes, por su actitud y sus malas acciones, estaban alejados de Dios y eran sus enemigos. Pero ahora Dios, a fin de presentarlos santos,

intachables e irreprochables delante de él, los ha reconciliado en el cuerpo mortal de Cristo mediante su muerte, con tal de que se mantengan firmes en la fe, bien cimentados y estables, sin abandonar la esperanza que ofrece el evangelio. Éste es el evangelio que ustedes oyeron y que ha sido proclamado en toda la creación debajo del cielo, y del que yo, Pablo, he llegado a ser servidor.

Colosenses 1:21-23

Viaje 10

¿Dónde está mi maleta?

¿Se ha preguntado usted alguna vez por qué la gente persigue sus maletas cuando salen de las entrañas del sistema de manejo de equipajes, en lugar de esperar a que den la vuelta en la banda? Es como si por alguna misteriosa razón nunca las fueran a ver de nuevo.

Es cierto que en Costa Rica sí existe una excelente razón: los viajeros experimentados sabemos que en el aeropuerto Juan Santamaría hay dos hombres contratados para retirar todo el equipaje de la banda lo antes posible, apuñándolo en un rincón donde es bien difícil de encontrar. Este procedimiento tiene que ser una costumbre que quedó de los tiempos antiguos, cuando las bandas eran lineales y sumamente pequeñas y no podían manejar todo el equipaje. El resultado actual es que la mitad de los turistas esperan con paciencia hasta que ya no salen más maletas, y entonces algún alma caritativa les indica que tienen que ir al rincón donde pueden hurgar entre todas las maletas que están “acomodadas” en el piso. Uno pensaría que, después de varios años de que sucede lo mismo día tras día, alguien se habría dado cuenta del sinsentido y les habría asignado una tarea más productiva a esos dos hombres. Pero eso parte del supuesto de que existe ALGUIEN que está de hecho administrando el sistema.

En todo caso, en casi todos los lugares donde he viajado sucede lo mismo: la ancianita más cortés y delicada se abre paso a codazo limpio para retirar su maleta inmediatamente. Quizás está tratando de rescatarla lo antes posible de la Máquina Rompe-maniguetas, Come-fajas, y Muele-hebillas. En mi caso particular, ¡lo que quiero es asegurarme de que nadie más se la lleve!

El hecho es que todos experimentamos algún grado de ansiedad mientras esperamos a que salgan nuestras valijas. Esto es especialmente cierto cuando uno llega al aeropuerto O'Hare de Chicago a la 1 a.m., en una fría noche de invierno, y el abrigo está en la maleta. O cuando uno tuvo que meter algo importante en el equipaje documentado: un regalo importante, un traje hecho a la medida, algún aparato científico especializado. En esos casos, la atención se centra en una sola cosa: aquella valija conocida que tiene el nombre de uno colgando de la agarradera.

Yo le echo la culpa de mi ansiedad a la forma en que las aerolíneas normalmente manejan el equipaje. Cuando todo funciona bien, perfecto. Pero el sistema no pareciera contemplar la

posibilidad de que ocurran errores, y los errores abundan. Ahí es cuando uno sufre. Hace unos años, en un viaje a Brasil, mi maleta no llegó en el mismo avión que yo. Al darle seguimiento con la aerolínea dos días después, me informaron que ellos sí tenían mi equipaje desde el día anterior, pero que no me lo habían enviado porque yo no estaba en mi habitación del hotel cuando me llamaron por teléfono. Me pregunto cuánta gente viaja a otro país para quedarse metidos en el cuarto del hotel...

Uno esperaría que si está viajando en clase ejecutiva o en primera clase, aunque sea porque le dieron un ascenso de categoría y no porque haya pagado la tarifa completa, el equipaje estaría sujeto a un tratamiento preferencial. Pues no. Bajo igualdad de condiciones tales como horarios y tarifas, yo escogería volar con la aerolínea que manejara mejor el equipaje. Si usted que está leyendo trabaja en el negocio de las aerolíneas, aproveche este consejo gratuito.

Ahora bien, lo que me asombra es lo fuertemente que nos podemos aferrar a tan poco, cuando estamos hablando de solo 50 libras de cosas. Como contraste, en Mateo 10:9-10 Jesús envía a sus discípulos a una misión, y les dice que no lleven dos mudas de ropa, ni sandalias, ni bastón, ni bolsa para el camino. Ellos sí que se evitaron muchos contratiempos. Claro, sus vidas eran un poquito más sencillas que la nuestra...

¿Y por qué se preocupan por la ropa? Observen cómo crecen los lirios del campo. No trabajan ni hilan; sin embargo, les digo que ni siquiera Salomón, con todo su esplendor, se vestía como uno de ellos. Si así viste Dios a la hierba que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, gente de poca fe?

Mateo 6:28-30

Viaje 11

Confianza

Durante mi primer viaje a la Universidad de Loughborough, en el Reino Unido, durante la semana de Pascua del 2003, casi me meto en problemas por no portar suficiente dinero en efectivo. Me habían recomendado que contratara un servicio de limusina desde el aeropuerto de Heathrow hasta la universidad, lo cual tomaría unas dos horas y media. De camino, descubrí que el conductor no podía procesar el pago por medio de tarjeta de crédito; me puse un poco nervioso, pero él me aseguró que podríamos cambiar algunos cheques de viajero en el hotel.

A fin de cuentas, no se pudo. “No se preocupe”, me dijo; “¿cuándo se marcha usted? ¿Necesitará transporte del hotel al aeropuerto de Birmingham? Yo con gusto lo llevaría, y así me puede pagar en ese momento.” ¡¿Cómo?! ¿Un taxista confiado, así no más? Me sentí sumamente agradecido de que confiara en mí de esa forma, algo en verdad extraordinario hoy en día. Le debía el equivalente de unos US\$190.

Cuando me recogió tres días después, me llevó al aeropuerto y me mostró dónde podía ir a cambiar mis cheques por libras esterlinas. Yo para nada me hubiera sentido ofendido si en ese momento se hubiera guardado mi equipaje mientras yo regresaba, pues ya la factura sumaba US\$250. Pero para mi sorpresa, el conductor bajó todas mis cosas y me dijo que me estaría esperando. Yo ni siquiera consideré la posibilidad de no regresar. Bueno, al menos no en mi corazón, porque mi carne sí se rebeló:

—¿Y qué te impide irte directamente a la sala de abordaje?

—¡Yo sería incapaz de hacer algo así! —contesté.

—Exactamente: ¡tu vida es tan, pero tan aburrida! ¡Hacé algo emocionante, por variar!

—Pero si ni siquiera tiene sentido, no me estoy ahorrando ni un cinco; la compañía paga el gasto de todos modos.

—Pero él se lo merece, demostráale que sos más inteligente que él.

Quizás usted alguna vez se haya puesto a discutir así con el Diablo. No es buena idea.
NUNCA.

Yo jamás descubriré por qué este taxista británico optó por confiar en mí, un absoluto extraño de América Latina. ¿Será acaso posible que este hombre fuera cristiano, un hombre que escuchaba atentamente a Dios y que recibió instrucciones de ayudarme? Él decidió obedecer; por la gracia de Dios, también yo terminé por hacer lo correcto. Seguro que algún día nos encontraremos en el Cielo y gozaremos recordando esta historia.

Practiquen el dominio propio y manténganse alerta. Su enemigo el diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resístanlo, manteniéndose firmes en la fe, sabiendo que sus hermanos en todo el mundo están soportando la misma clase de sufrimientos.

1 Pedro 5:8-9

Viaje 12

Cuando nos rehusamos a usar la cabeza

Cuando nos rehusamos a funcionar como seres racionales, muchas cosas pueden salir mal. Hace unos años experimenté en carne propia los peligros que pueden representar los viajes frecuentes para la vida espiritual. No quiero poner excusas echándoles las culpas a las circunstancias, pero debo haber experimentado lo que el Dr. James Dobson llama “un baño de testosterona”. Soy una persona bastante racional, y aunque lo que sucedió no tenía sentido, fue sumamente difícil de manejar.

Fue el tipo de situación que fácilmente le sucede al viajero frecuente. El patrón es más o menos así: primero ocurre algún tipo de contrariedad, como la cancelación o el retraso de un vuelo, o el irrespeto a la reservación del hotel, o el haber experimentado recientemente algunas frustraciones con el cónyuge. Sea lo que sea, uno anda con una fuerte sensación de que no lo están tratando tan bien como se merece. Luego, de la nada, surge alguien que se muestra bondadoso, quizás no yendo más allá de mostrar la más elemental cortesía. Y entonces, en lugar de darle gracias a Dios internamente por aquel gesto, nuestra imaginación vuela... y a veces nuestros actos también.

Eso me sucedió una vez en México D. F. Después de dar en un congreso mi presentación sobre hidratación y rendimiento deportivo, una maratonista alta y esbelta y sus dos amigas se me acercaron y me dijeron: “Doctor, su presentación fue tan clara e interesante, ¡usted es nuestro héroe!” Algo tan sencillo, y sin embargo sus palabras se grabaron en mi mente y su imagen me distrajo por el resto del viaje.

Pasemos entonces al tema de Fulanita. Conocí a Fulanita durante un viaje agotador a Brasil en abril y mayo del 2001. Ella fue una de muchas estudiantes de nutrición que participaron en una de mis presentaciones, y una de varias que se me acercaron al final para conversar sobre temas diversos. No sucedió nada en particular, aparte de lo naturalmente satisfactorio de tener una conversación académica con una persona joven y entusiasta... *Okey*, lo admito, me fijé en que era muy bonita. Pero eso fue todo.

En noviembre del mismo año me invitaron a regresar a São Paulo para un congreso de nutrición, un evento impresionante con unos 700 participantes entre los cuales, a lo sumo, habría una docena de varones. Durante un receso subí al podio para preparar mi presentación y, conforme conectaba la computadora, me llamó la atención una cara en la primera fila. Era ella. Bajé del podio para saludarla, intercambiamos unas pocas palabras, y volví a subir para dar mi conferencia.

Hicimos contacto visual demasiadas veces. Al terminar, ella se me acercó para felicitarme, y pasamos por lo menos una hora visitando carteles de investigaciones y conversando. El hecho de que ella hablaba poco inglés o español, y yo aún menos portugués, no pareció importar. Mis emociones estaban totalmente descontroladas, cautivado por su hermosa sonrisa y su atención. Afortunadamente, después de un rato ella tuvo que quedarse al lado de su cartel y conversar con otras personas, mientras que a mí me distrajeran otras personas y responsabilidades. Mi avión partió esa misma noche, pero yo dejé mi corazón en São Paulo.

¿Cómo que *dejé mi corazón en São Paulo*? ¿Qué rayos estaba pensando? Bueno, no estaba pensando. Ahí está precisamente el misterio del corazón masculino. Otros intentan adelantar a un camión en medio de la neblina en una carretera angosta en las montañas manejando un Fiat Uno. El resultado podría ser el mismo.

De regreso en mi casa, me puse a reflexionar sobre todo el asunto: yo era un hombre cristiano, casado. Tenía por lo menos el doble de su edad. Jamás dejaría mi familia por una aventura en Brasil. Ni siquiera sabía si Fulanita se sentía atraída hacia mí; quizás estaba mostrándole un poco de hospitalidad brasileña básica a un profesor visitante y nada más. Entendí que era absolutamente indispensable no averiguarlo, porque sabía que mi corazón estaba sumamente vulnerable. Destruí su tarjeta de presentación, y borré un par de mensajes viejos de correo electrónico en los que habíamos intercambiado ideas sobre algún tema científico. Ahora sí, no tenía forma de comunicarme de nuevo con ella. Compartí mi experiencia con mis hermanos más cercanos de la iglesia, y me comprometí con ellos a mantener esta tentación a la luz.

¿Y por qué tanto alboroto? En primer lugar, porque Jesús mismo nos dijo: “Ustedes han oído que se dijo: ‘No cometas adulterio.’ Pero yo les digo que cualquiera que mira a una mujer y la codicia ya ha cometido adulterio con ella en el corazón” (Mateo 5:27-28). Pero por si eso fuera

poco, yo sabía que esto podía traer más problemas en el futuro. Como escribió C. S. Lewis: “Tanto el bien como el mal crecen a tasas de interés compuesto. Es por eso que las pequeñas decisiones que usted y yo tomamos todos los días tienen tal importancia infinita. La más pequeña buena acción de hoy es la conquista de un punto estratégico desde el cual, unos pocos meses después, uno podría avanzar hacia victorias que jamás había soñado. Una indulgencia aparentemente trivial hoy en la lujuria o el enojo es la pérdida de una colina o una línea de ferrocarril o un puesto de avanzada, desde el cual el enemigo podría lanzar un ataque que de otro modo sería imposible.”¹

Saltamos ahora hasta agosto del 2003. Estoy de regreso en São Paulo y sinceramente ni siquiera recuerdo a Fulanita. No he sabido nada de ella desde que la vi hace casi dos años. Vine a Brasil como co-organizador de un congreso de Nutrición Deportiva, participando además como conferencista y moderador de dos mesas redondas. Vengo bien preparado, y ayudé a escoger a todos los conferencistas del programa. Pero en un cambio de último minuto, mis colegas brasileños decidieron reemplazar a una nutricionista de mi mesa redonda: la sustituta es Fulanita. El Enemigo no pierde ni un segundo para lanzar su ataque desde la colina que yo le había permitido conquistar tiempo atrás.

Lo único que recuerdo es una tormenta de emociones que me volcaron patas arriba. Como un adolescente, quería sentarme a su lado en el auditorio y durante la cena, y no le podía quitar los ojos de encima. Aquellos fueron dos días muuuy largos, en los que luchaba por no hacer algo tonto como hablarle sobre cómo me estaba sintiendo o cualquier otra cosa de naturaleza personal. Ya era suficientemente grave el estar *pensando tonto*.

El vuelo nocturno de regreso a casa también se me hizo muy largo, pues no lograba dormirme. Cada vez que sonaba una canción de amor en mis audífonos, hacía vibrar las cuerdas equivocadas de mi corazón y le daba alas a mi imaginación. Regresaba victorioso, pero herido.

¡De prisa! ¡Volvé rápido a tu casa! ¡Volvé donde Ana, y guardá tus ojos y tu corazón en un lugar seguro! ¡Conquistá esa colina, para no volver a rendirla nunca jamás!

Y la próxima vez, ¡por favor!, no te rehusés a usar la cabeza.

*Bebe el agua de tu propio pozo,
el agua que fluye de tu propio manantial.*

*¿Habrán de derramarse tus fuentes por las calles
y tus corrientes de aguas por las plazas públicas?*

*Son tuyas, solamente tuyas,
y no para que las compartas con extraños.*

¡Bendita sea tu fuente!

¡Goza con la esposa de tu juventud!

*Es una gacela amorosa,
es una cervatilla encantadora.*

¡Que sus pechos te satisfagan siempre!

¡Que su amor te cautive todo el tiempo!

Proverbios 5:15-19

Nota

1. C.S. Lewis, *Mere Christianity* (Nueva York: HarperCollins Publishers, 2001), p. 132. Traducción libre.

Viaje 13

¡Quietos!

Desesperante. Ese tiempo muerto antes y después del despegue y del aterrizaje es en verdad desesperante. Son solo cinco o diez minutos (aunque me han tocado experiencias de una hora o más), que lo ponen a uno incomodísimo porque no se puede ver la televisión ni usar el teléfono celular ni la computadora ni nada. El piloto y sus asistentes de vuelo se aseguran de que ese tiempo muerto no se logre aprovechar durmiendo y ni siquiera leyendo, con información crucial del tipo “Esta tarde estaremos volando a 32.000 pies...” y “Les damos la más cordial bienvenida a todos los miembros de nuestro programa de Millas Milagrosas.” Si uno tiene suficiente suerte, le tocarán todos los avisos en dos o tres idiomas.

Por supuesto, en esos momentos, las ganas de ir al baño se hacen incontenibles. Uno se percata de que olvidó sacar algo de la maleta de mano que está en el compartimiento superior. La necesidad de reclinar el respaldo del asiento es imperiosa, aún si uno se olvida del tema por el resto del vuelo. ¿Por qué nos cuesta tanto este tiempo muerto?

Pienso en dos cosas. En primer lugar, que sencillamente no estamos acostumbrados a estar quietos, tranquilos. Tenemos que enfrentarnos con nuestro propio yo, algo que es saludable hacer de vez en cuando; Dios mismo nos ha dicho: “Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios” (Salmo 46:10a). Y en segundo lugar, mientras logramos aumentar nuestra capacidad de estar quietos y tranquilos, ¿por qué no aprovechar ese tiempo hablando con Dios?

Definitivamente no soy el tipo de persona que puede aislarse en un ambiente así y concentrarse a escuchar atentamente a Dios. Pero sí puedo recitar versículos bíblicos de memoria. Y puedo interceder, recordando necesidades especiales y poniéndolas delante del Señor.

*Enséñanos a contar bien nuestros días,
para que nuestro corazón adquiera sabiduría.*

Salmo 90:12

Viaje 14

Un deportista frustrado

Yo no tengo dones naturales para ser un atleta sobresaliente, pero soy disciplinado y disfruto del ejercicio. Me encanta entrenar regularmente con una meta clara. Lo interesante es que siempre que me he sentido en óptimas condiciones, ha sucedido algo que me vuelve a poner los pies en la tierra (o que me tumba completamente). Cada vez que he sentido que estoy alcanzando el nivel de aptitud física que quiero, me pega un resfrío que me revuelca por diez días y me deja débil y fofo, o me desgarró un músculo, o me lesiono estúpidamente. Me sucedía en mis días de juventud, y me sigue sucediendo hoy día. Y yo pierdo la condición física con tanta rapidez . . .

Esto produce especial frustración cuando sucede inmediatamente antes de un evento o competencia que ha sido la motivación para entrenar. Mi amigo Otto me invitó a que junto con otros amigos hiciéramos el Tour del Arenal, una gira en bicicleta de dos días alrededor del Lago Arenal. Yo había dejado de salir con frecuencia en mi bicicleta de montaña mientras me recuperaba de una lesión en la espalda, pero a pesar de muchas limitaciones de tiempo, comencé a pedalear con regularidad dos meses antes del tour: tres veces por semana en una bicicleta estacionaria en mi casa (la parte de disciplina), y al aire libre los domingos (lo divertido). Para finales de enero me sentía excelente, listo no sólo para hacer el tour sino para pedalear hasta la cumbre misma del Volcán Arenal. Y entonces, cuatro días antes del viaje, caí enfermo una vez más, en esta ocasión con la variante 9517137.r de la gripe.

Igualmente en mi vida espiritual: cada vez que pienso que tengo todo bajo control, cada vez que siento que estoy libre de pecado, me tropiezo y caigo de cara en el barro. Puedo escuchar el eco de las palabras de Pablo: “Por lo tanto, si alguien piensa que está firme, tenga cuidado de no caer” (1 Corintios 10:12).

Y esto ¿qué tiene que ver con los viajes de negocios? En realidad no mucho... a menos que uno reconozca que podría caer de cara en el barro durante un viaje, cuando pensaba que estaba muy firme.

Cristo nos libertó para que vivamos en libertad.

*Por lo tanto, manténganse firmes
y no se sometan nuevamente al yugo de esclavitud.*

Gálatas 5:1

Viaje 15

¿Quién soy yo?

A veces me identifico con el personaje que representó Jackie Chan en la película de acción *Who am I?* (*Ngo hai sui*, “¿Quién soy?”, 1998), pues experimento mi propia versión de una crisis de identidad. Después de pasar por los puestos de migración de los Estados Unidos de América por lo menos 100 veces, y después de que me han fotografiado y tomado las huellas dactilares no menos de 60, uno se comienza a cuestionar si en verdad uno es quien siempre ha pensado ser. Mi pasaporte dice claramente: “Número de Pasaporte/Passport No. 1-2345-6789”. Pero cuando intento usar ese número en mi formulario de migración I-94... “No, señor, ese no es su número de pasaporte; usted debe escribir L987654” (el “Número de Secuencia”).

Finalmente, después de que me obligaron a regresar al final de la fila un par de veces, opté por renunciar al número con el que nací, el número que sirve para *todas* las transacciones y procedimientos oficiales tanto en Costa Rica como en la mayoría de los otros países del mundo, para así complacer a los oficiales de migración de los Estados Unidos. La verdad es que de todos modos ya tengo por lo menos una docena de identidades para uso computacional, cada una de ellas ajustada para cumplir con los requisitos particulares de mi patrono, mi servicio de Internet, mi banco, mi club de música, mis suscripciones a revistas científicas en línea, etc.

Me di cuenta hace unos meses, gracias a una búsqueda que hice de mí mismo en Google, de que existe más de un Luis Fernando Aragón en el mundo (¡ópale, ese es MI nombre! ¿acaso mis papás no registraron derechos de autor para él?). El 27 de mayo de 2009, un oficial de migración en Dallas me dijo que “aparentemente, hay muchas personas con un nombre tan común como el suyo que son buscadas por la policía internacional, de manera que tendrá que acompañar al agente de seguridad a un cuarto aquí cerca para ser interrogado”. Era obvio que solo ellos tenían derecho a hacer preguntas, porque nadie quiso contestar a la única que hice yo: “Si mi nombre es tan común, ¿por qué esto nunca me había sucedido antes, si yo cruzo la frontera con Estados Unidos por lo menos 12 veces al año?” Ante su obstinado silencio, decidí que era mejor no insistir, lo cual limitó mi tiempo de arresto a solamente 30 minutos.

En todos los países que he visitado en Europa y en el continente americano, me toca usar las filas largas y lentas de los no residentes o extranjeros (en los Estados Unidos me llaman “alien” —extraterrestre, como E.T.—). Lo triste es que en mi propio país me toca usar las filas más largas de los ciudadanos costarricenses, pues según las prioridades de mi gobierno, los turistas son más importantes.

Y las confusiones abundan. Debido a errores varios, mi nombre es distinto en las distintas cadenas de hoteles; esto se complica además por el hecho de que en español se acostumbra que tengamos dos apellidos, y el primero de ellos, no el segundo, es el último (*last name*), algo que en los Estados Unidos no han logrado digerir (estoy seguro de que usted sí entendió). La fecha de expiración en mi pasaporte dice 09/10/05, según el formato “aa/mm/dd “(mostrando primero el año con dos dígitos, luego el mes, y luego el día), aunque pareciera que ningún otro país del mundo usa esa lógica; esto me ha causado una buena cantidad de problemas tratando de explicar que mi pasaporte tiene validez. Dichosamente, mi fecha de nacimiento está escrita en el pasaporte en ese mismo orden, y por supuesto no hay 58 días en ningún mes ni 58 meses en el año.

Todos estos detalles aparentemente triviales van carcomiendo poco a poco mi identidad como hijo de Dios. Soy simplemente una persona más, un pasajero más, un huésped más, otro viajero cansado, otro Don Nadie. Sí, me vuelvo anónimo, y el anonimato tiene dos problemas. Por un lado, no me tratan como pienso que merezco, ni me tratan con el respeto y amor que me tratan mi familia, mis vecinos o mis compañeros cercanos de trabajo. Por otro lado, me siento tentado a hacer cosas que jamás haría en lugares donde sé que me conocen. Sé que algunas tentaciones que son fácilmente derrotadas en público, rodeado de mis amigos o mi familia, se vuelven más fuertes en lo privado, en la oscuridad, en un país distante, en la ausencia del “qué dirán” (por ejemplo, es bien sabido que esta es una de las características que hacen que la pornografía sea un reto tan difícil para el varón moderno). Es claro que no es nada bueno que uno pierda la identidad durante los viajes.

Me doy cuenta de que es importante recordarme una y otra vez: *¿Quién soy yo? Soy el esposo de Ana María, soy el papá de Esteban y Ana Victoria. Soy un cristiano que ama a Dios y quiere ser obediente, independientemente del contexto. ¡Soy un hombre redimido, un hijo de Dios, por el poder de la sangre de Cristo!* San Juan Apóstol lo afirmó con claridad:

Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios. Éstos no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios.

Juan 1:12-13

¡Fijense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llame hijos de Dios! ¡Y lo somos! El mundo no nos conoce, precisamente porque no lo conoció a él.

Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es.

1 Juan 3:1-2

Por lo tanto, sea que estemos en casa o en un cuarto de hotel, con amigos o en medio de una multitud en la ciudad, reconocidos o rechazados, honrados o despreciados, atendidos o ignorados, ascendidos o degradados, tranquilos o tentados, fuertes o agotados, firmes o zarandeados, recordemos siempre que por encima de todo somos hijos e hijas de Dios, con una dignidad y una esperanza que no nos pueden ser arrebatadas por el fracaso, ni la fama, ni la belleza, ni el dolor, ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los poderes y fuerzas espirituales, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo más alto, ni lo más profundo. Nada puede separarnos del amor de Dios (ver Romanos 8:35-39).

Viaje 16

Enfermo en el extranjero

Este viaje sí está difícil. Ya es suficientemente molesto el enfermarse en la casa: uno pasa cansado, de mal humor, funcionando al 50% de su capacidad; y no me refiero a una enfermedad grave, sino a caer en cama con el resfrío común. Pero cuando uno coge una gripe estando de viaje... finalmente entiende por qué los bebés lloran a gritos cuando el avión está aterrizando (qué lástima que mi descongestionante no hizo efecto un poquito antes).

Se hacen visitas repetidas a la farmacia, buscando esa poción mágica tan esquiva que nos hará sentir mejor. Cuando estoy engripado durante un viaje, de repente toda la vida se concentra en tan pocas metas básicas que se pueden contar con los dedos de una mano: respirar, conservar la voz hasta el final de mi presentación, aguantarme la tos y los estornudos mientras otros hacen sus presentaciones, mantenerme despierto durante el día, y dormir suficientes horas seguidas por la noche. Uno reorganiza su agenda, procura que haya suficiente humedad en el aire de la habitación del hotel, y se asegura de portar suficientes *Kleenex*.

En cierto modo, nos cae bien concentrarnos en unas pocas cosas. ¡Si tan solo pudiéramos poner el mismo tipo de atención en lo que el Señor nos ha pedido, todo lo demás se alinearía sin tanta dificultad!

*Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia,
y todas estas cosas les serán añadidas.*

Mateo 6:33

Viaje 17

Sobre la tentación y el entrenamiento deportivo

Uno sabe demasiado bien cuándo está más susceptible a las tentaciones. Al menos yo sí lo sé. Algunos viajes los comienzo lleno de energía, con optimismo, inspirado y en paz; ayuda mucho cuando me toca un vuelo directo de 3 horas o menos, en un viaje que no me apartará de mi casa por más de 3 ó 4 días. Pero otros viajes me toca empezarlos bajo una nube oscura.

Tiempo atrás, en noviembre de 2003, tenía programado un viaje a Kusadasi, en Turquía, para un congreso europeo de directores técnicos de fútbol. Me había comprometido a dar una presentación sobre la hidratación durante el entrenamiento y la competición en fútbol. En esta ocasión, partía bajo una nube: estaba agotado de todos los viajes del año (14 viajes internacionales), y sabía que tardaría unas 28 horas para llegar a mi destino, sin contar las 40 (sí, casi cuarenta, debido a las conexiones) de regreso a casa. Sabía que iba a ser un viaje difícil.

Después de un vuelo de 3 horas a Miami, otro de 9 horas a Londres y otro más de 4 horas a Estambul, con sus correspondientes tiempos de espera, me tocaba aguardar unas horas para conectar con mi siguiente vuelo, a la ciudad de Izmir. La espera era larga, pero no lo suficiente como para salir del aeropuerto y hacer un pequeño *tour* por la ciudad, de manera que decidí caminar por las salas del aeropuerto. Paseaba muy contento cuando de repente, sin la menor advertencia, apareció justo frente a mí: jamás podría haberme imaginado que me tocaría enfrentar una tentación semejante. Definitivamente no estaba preparado para algo así. Estaba allí, más alta que yo: una enorme torre de “delicias turcas”, empacadas en latas hermosamente decoradas.

Ahora bien, la verdad es que yo nunca he probado las “delicias turcas”, pero me identifiqué inmediatamente con Edmund Pevensie de *El león, la bruja y el ropero* (por C.S. Lewis) la primera vez que entró a Narnia. Él se sentía miserable y helado, y estaba enojado con sus hermanos. Cuando se topó con la Bruja Blanca creyó que ella era una reina, y aceptó comerse todas las “delicias turcas” que ella le ofreció. Yo, por mi parte, me sentía miserable y cansado, dispuesto a aceptar cualquier muestra de cortesía o generosidad.

Estoy convencido de que ahí reside uno de los grandes peligros para los viajeros: cuando estamos cansados o frustrados, cuando el viaje ha sido desastroso, podemos fácilmente bajar la guardia y ser tentados. ¿Qué podemos hacer? Es claro que debemos mantener la guardia en alto y resistir toda tentación. Aún las “delicias turcas”.

A diferencia de la incomodidad que se siente cuando uno está entrenando intensamente, la tentación no desaparece con facilidad. Cuando uno está sin aliento pedaleando cuesta arriba, cuando los muslos arden como si estuvieran en llamas, uno puede continuar porque sabe bien que está casi en la cima; sabe que muy pronto podrá descansar. Pero uno nunca sabe cuándo se detendrá la tentación; lo que sí sabe es que tan pronto como ceda, la tentación desaparecerá, aunque sea solo temporalmente.

Santiago nos mostró un camino más alto: “Así que sométanse a Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes” (Santiago 4:7). Yo debo escoger ese camino más alto cada vez que soy tentado, aún si he fracasado anteriormente. No estoy seguro de cuál era la espina que tenía clavada Pablo en 2 Corintios 12:8-9, pero puedo decir con él: “Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo: ‘Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad.’ Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo.”

Padre, que tu gracia me baste.

Ustedes no han sufrido ninguna tentación que no sea común al género humano.

Pero Dios es fiel, y no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que puedan aguantar. Más bien, cuando llegue la tentación, él les dará también una salida a fin de que puedan resistir.

1 Corintios 10:13

Viaje 18

Spera nel Signore

A mí sí que me cuesta esperar . . . Demasiadas veces me ha tocado esperar varias horas para abordar un avión demorado, pero hoy estoy más bien esperando a John Keating, un hermano querido que viene a bordo de un avión que viene tarde.

Mientras espero recuerdo que no hace muchos años, cuando algún pariente cercano iba a volar a otro país, sus familiares acostumbraban venir al Aeropuerto Juan Santamaría (entonces llamado El Coco) para despedirlo. Había un balcón, y la gente se quedaba ahí hasta que el avión hubiera despegado. El ritual de llegada era parecido. Pero la costumbre murió mucho antes del 11 de setiembre del 2001 y las extremas medidas de seguridad subsiguientes, simplemente porque dejó de ser práctico. Hoy en día, al regresar de un largo viaje, nada me haría más feliz que ver a mi esposa y mis hijos esperándome en el aeropuerto, pero con solo pensar en la posibilidad de que tengan que esperar un avión que viene con dos o tres horas de retraso, me convengo inmediatamente de que es mejor tomar un taxi.

El vuelo de mi hermano se atrasó poco más de una hora, nada del otro mundo. En realidad es bueno esperar para ejercitarnos regularmente en la realidad de que, aunque no nos guste, las cosas buenas a menudo requieren tiempo. La mayoría de las veces la respuesta a nuestras oraciones no es inmediata; más bien, Dios nos pide que esperemos, que lo esperemos a Él. Así es también con nuestra recompensa final, el premio perfecto que tanto anhelamos. Esperamos en el Señor, poniendo toda nuestra confianza en Él.

Il Signore è mia luce e mia salvezza, di chi avrò paura?

Il Signore è difesa della mia vita, di chi avrò timore? . . .

Ascolta, Signore, la mia voce. Io grido: Abbi pietà di me! Rispondimi.

Di te ha detto il mio cuore: "Cercate il suo volto";

*Il tuo volto, Signore, io cercherò. Non nascondermi il tuo volto,
non respingere con ira il tuo servo.*

Sono certo di contemplare la bontà del Signore

*nella terra dei viventi.
Spera nel Signore, sii forte,
si rinfranchi il tuo cuore, e spera nel Signore.
Sì, spera nel Signore.*

Salmo 27:1, 7-9a, 13, 14, recitado por el Papa Juan Pablo II
en la parroquia de San Roberto Bellarmino ai Parioli,
Roma, 2 de marzo de 1980.
(Texto italiano de *La Sacra Bibbia*, Edizione CEI)

*El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré?
El Señor es el baluarte de mi vida; ¿quién podrá amedrentarme? . . .
Oye, Señor, mi voz cuando a ti clamo;
compadécete de mí y respóndeme.
El corazón me dice: “¡Busca su rostro!”
Y yo, Señor, tu rostro busco.
No te escondas de mí; no rechaces, en tu enojo, a este siervo tuyo (...)
Pero de una cosa estoy seguro: he de ver la bondad del Señor
en esta tierra de los vivientes.
Pon tu esperanza en el Señor; ten valor, cobra ánimo;
¡pon tu esperanza en el Señor!*

Viaje 19

Hambre

Mi primer viaje a São Paulo me dejó boquiabierto: no podía creer los contrastes sociales. No digo que en mi país no existan, pero yo nunca los había experimentado con tanta claridad. Probablemente tiene que ver con el hecho de que Ana María y yo no somos de alta cocina, es decir, que no nos da por salir a cenar en restaurantes donde uno paga más por comer menos. Pero el hecho de que sólo en Brasil hay *entre siete y diez millones* de niños que viven en las calles también tuvo un gran impacto sobre mí.¹

Ciertamente, esta es una ciudad llena de restaurantes. He visitado São Paulo una docena de veces, y mis anfitriones siempre me llevan a lugares especiales para cenar (y aún para almorzar). Cada vez, mientras leo el menú, trato de recordar cuánta hambre está pasando la gente en ese mismo instante. Cada vez trato de ejercitarme en el dominio propio, comiendo poco y ordenando de los platos más simples y básicos. Debo recordarme a mí mismo que el hambre es algo cotidiano para demasiadas personas.

El tema del hambre tomó un giro interesante durante un viaje de trabajo a Grecia en el 2004. Estaba en Tesalónica para dar una conferencia en el Congreso Pre-Olímpico, un evento científico que se lleva a cabo cada cuatro años adjunto a los Juegos Olímpicos de Verano. Me desperté en horas de la madrugada con una idea fija en mi mente: ¿cómo se podría ayudar a una empresa de alimentos a ser más rentable, al mismo tiempo que provee de alimentos a la gente pobre? Es algo a lo que le he dado vuelta varias veces. Lo he discutido con algunos hombres de negocios. Inclusive llegué a presentarles el caso a dos o tres personas de PepsiCo[®], la compañía a la cual pertenece Gatorade[®], aprovechando que me entrevistaron pidiendo información de cómo podría la compañía promover la salud y el bienestar en América Latina. La pura verdad es que no he logrado nada, lo cual no es de sorprenderse ya que yo soy un científico del ejercicio, no un hombre de negocios. Pero es un tema que simplemente no me puedo sacar de la cabeza.

¿Se apuntaría usted a ayudar? He aquí algunos datos: solamente en los Estados Unidos, había más de 72 millones de personas obesas en el 2005-2006.² A pesar de que no existen números oficiales, se calcula que la industria de la pérdida de peso es un negocio de unos

US\$40.000.000.000 (cuarenta millardos de dólares) anuales, y sigue creciendo.³ Es claro que la estrategia de pagar más dinero por menos alimento no está funcionando para combatir la obesidad, aunque sea muy rentable para las empresas: en los últimos 25 años, la tendencia ha sido hacia el aumento en la obesidad. Según el informe *Morbidity and Mortality Weekly Report*, una publicación del Centro para el Control y la Prevención de las Enfermedades de los Estados Unidos (CDC por sus siglas en inglés), “los porcentajes generales de obesidad ajustados por edad fueron de 15,6%, 19,8% y 23,7% en las encuestas de 1995, 2000 y 2005, respectivamente.”⁴

¿Y qué más se podía esperar, si la economía dicta que todas las compañías, incluyendo a las compañías de alimentos, deben esforzarse por ser cada vez más rentables? No se trata simplemente de que les vaya bien, sino de que les vaya mejor año tras año tras año. Desde mi perspectiva como consumidor, eso significa que las empresas le tienen que vender más y más alimentos a un número de personas más o menos constante. O si no, tienen que convencer a esas personas de que paguen más por la misma cantidad de alimento. ¡No pareciera haber otra opción! Pero ¿qué pasa con los millones de personas que están hambrientas porque no pueden comprar la comida? ¿Seguirá el sistema pasándolas por alto? Yo estoy convencido de que las compañías de alimentos tienen la obligación de incluir el hambre en la ecuación; a la larga hasta podrían hacerlo de manera rentable. Yo estaría dispuesto a pagar más por un producto que aliviara el hambre mundial, de la misma manera que muchísima gente favorece los productos que protegen el medio ambiente. Si usted es un hombre o una mujer de negocios, quizás podría encontrar una forma de hacer que esto funcione.

He aquí otra posibilidad: las ofertas especiales. Estoy seguro de que, al menos en Costa Rica, muchas compañías dedican una tajada importante de los costos de publicidad de sus productos al pago de grandes premios, los cuales se supone que ayudan a aumentar las ventas. Las compañías nos obligan a todos los consumidores a subsidiar estas promociones, ya que naturalmente su costo está incluido en el precio del producto que usted y yo compramos. El procedimiento es supervisado por el gobierno y tiene un conjunto de reglamentos y detalles complicado (¡al menos, eso es lo que yo esperaría!). Ahora bien, las empresas de alimentos podrían tomar la valiente decisión de destinar ese dinero a alimentar a los hambrientos. Muchos consumidores preferiríamos comprar un producto que garantizara que va a alimentar a los hambrientos y necesitados, en vez de comprar un producto que quizás, remotamente, solo tal vez

nos podría convertir en ganadores. Esta “conciencia social” o responsabilidad social podría valer oro en el mercado y en la bolsa de valores. De nuevo: si usted tiene las destrezas y el poder de toma de decisiones, quizás podría lograr que esto funcione.

*Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno alegar que tiene fe, si no tiene obras?
¿Acaso podrá salvarlo esa fe? Supongamos que un hermano o una hermana no
tienen con qué vestirse y carecen del alimento diario, y uno de ustedes les dice:
“Que les vaya bien; abríguense y coman hasta saciarse”, pero no les da lo
necesario para el cuerpo. ¿De qué servirá eso? Así también la fe por sí sola, si
no tiene obras, está muerta.*

Santiago 2:14-17

Notas

1. Elliott, H. (2006). NBC Nightly News to feature American Baptist ministry (El noticiero vespertino de NBC reportará sobre el ministerio de los bautistas americanos). Descargado en agosto del 2008 de http://www.abpnews.com/index.php?option=com_content&task=view&id=1697&Itemid=119.
2. CDC National Center for Health Statistics, data brief #1, November 2007. Descargado en marzo del 2008 de <http://www.cdc.gov/nchs/pressroom/07newsreleases/obesity.htm>.
3. CDC National Center for Health Statistics, data brief #1, November 2007. Descargado en marzo del 2008 de <http://www.cdc.gov/nchs/pressroom/07newsreleases/obesity.htm>.
4. U.S. Centers for Disease Control and Prevention, *Morbidity and Mortality Weekly Report*, 2006, 55:36, p. 1.

Viaje 20

¿Ángeles?

La idea de tener un ángel de la guarda siempre me ha parecido muy atractiva. Desde que era niño, cuando experimentaba un cúmulo importante de miedos nocturnos, yo oraba regularmente para que mi ángel me protegiera. Y aunque la mayoría de mis temores de entonces no tenían fundamento, la verdad es que durante mis viajes sí se han presentado varios peligros reales en los que estoy convencido de que ha habido una intervención divina.

En febrero de 2004 alquilé un auto para viajar a Nicoya y Liberia, dos ciudades en el Pacífico Norte de Costa Rica, con el propósito de reunirme con los entrenadores y los jugadores de sus equipos de fútbol y allanar el camino para unas pruebas de campo que quería hacer con ellos. El viaje representaba entre 9 y 12 horas de manejo, pero yo estaba muy entusiasmado con el proyecto y no me importaba hacer el esfuerzo. El automóvil de alquiler era cómodo, aunque bastante básico. Por ejemplo, no tenía vidrios eléctricos ni sistema electrónico de cierre central, pero yo ni siquiera pensé mucho en el asunto. La agencia de alquiler me lo entregó, y salí rumbo a Nicoya.

Llegué justo a tiempo, poco antes de que iniciaran el entrenamiento. Dejé el auto estacionado en la calle, cerca del estadio, y entré para tener mis reuniones. Alrededor de una hora después salí, me subí al auto, y arranqué rumbo a Liberia. Doblé la esquina, un poco distraído pensando en lo bien que habían salido las reuniones, cuando un peatón que me pareció conocido me hizo señas de que bajara la velocidad. Yo me detuve exactamente frente a él, y cuál no fue mi sorpresa cuando el hombre extendió su mano, abrió la puerta delantera derecha, y metió su cabeza en el auto.

Y es que a diferencia de lo que siempre acostumbro hacer en mi propio automóvil, ¡llevaba todas las puertas (excepto la mía) sin el cierre de seguridad! En ese instante me di cuenta de que, por supuesto, no conocía al tipo, que me saludó con el acostumbrado “¿Cómo estás, pura vida? ¿Qué andás haciendo aquí en Nicoya?” A continuación me preguntó si iba para Liberia (¡qué coincidencia!) y me pidió que si le podía ahorrar el viaje hasta allá entregándole X cantidad de dinero que le debían los hermanos Tales, “los de la gasolinera”. Me explicó que ellos

me devolverían el dinero tan pronto como yo llegara a Liberia. Pobre tipo, la historia era demasiado difícil de tragar...

La situación gritaba E S T A F A y P E L I G R O. Yo no podía dejar de pensar en el hecho de que mi billetera y mi teléfono celular estaban a plena vista en el asiento delantero, a mi lado. No tuve tiempo para pensar una estrategia ni para orar. Simplemente le dije que no tenía efectivo (que Dios me perdone por la mentira, que tiene que haber sido demasiado obvia por la gruesa billetera que estaba a su alcance). Inexplicablemente, el hombre me miró, me dijo “*Okey*, ahí nos estamos viendo”, retrocedió, y cerró la puerta. Yo me alejé inmediatamente antes que él cambiara de opinión, y me detuve unos quinientos metros más adelante para trancar todas las puertas, darle gracias a Dios y calmar mis nervios.

En julio de ese mismo año me visitó mi buen amigo Gary, de Michigan. Luego de completar su misión en Costa Rica, me acompañó a unas vacaciones cortas en Tivives, en el Pacífico Central. Disfrutamos muchísimo en la playa, nadando y paseando en bicicletas montañosas, y volvimos a San José la víspera de su regreso a los Estados Unidos.

Poco antes de llegar a mi casa nos detuvimos en una farmacia para comprar ibuprofeno (un analgésico), ya que el ciclismo de montaña es un poco rudo para los hombres de nuestra edad. No nos tardamos ni cinco minutos, pero al salir nos encontramos con que una de las ventanas del auto estaba quebrada y había pedazos de vidrio sobre todo nuestro equipaje. Lo impresionante fue que no faltaba absolutamente nada: el maletín de Gary con su pasaporte, su licencia de conducir y su dinero, estaba todo intacto encima de todas las demás cosas, junto a la ventana quebrada. Estamos convencidos de que un ángel ahuyentó al ladrón antes de que pudiera tomar algo, pues no había nadie más en los alrededores.

Me parece que la tercera historia de intervención divina puede tocar más a los viajeros frecuentes, a pesar de ser muy sencilla: durante uno de mis viajes, el pasajero que iba a mi lado en el avión derramó su café en dirección a mí, pero el líquido se evaporó instantáneamente sin tocar mi computadora portátil. ¡Mi alivio solamente se vio superado por su sorpresa! En otro viaje en que me dirigía a México D. F., fui yo el que derramé mi bebida sobre el viajero de al lado, el cual, lamentablemente, no tenía a un ángel de la guarda de turno: los pantalones y la camisa del señor Debayle quedaron bañados en jugo de manzana. El incidente puso fin

abruptamente a mi conversación con este hombre de negocios de Nicaragua. Espero que haya tenido ropa para cambiarse.

Los cristianos no somos inmunes a los problemas, accidentes o robos, pero de vez en cuando Dios nos recuerda que ni un solo cabello cae de nuestras cabezas sin su consentimiento. ¡Qué gran bendición para nosotros cuando estamos atentos y podemos ver la acción de Dios en nuestras vidas!

Porque él ordenará que sus ángeles te cuiden en todos tus caminos.

Salmo 91:11

Viaje 21

Compasión por las multitudes

Cuando uno ha sido criado con un respeto y aprecio básicos por los demás seres humanos, es relativamente fácil (y poco meritorio) el sentir compasión por *una* anciana, o por *un* huérfano, o por *un* indigente. Las emociones que se agitan en nosotros podrían ser suficientes para movernos a hacer algo bueno por esa persona. Pero las multitudes . . . ahí sí que se complicó la cosa. A mí las multitudes me resultan simplemente abrumadoras.

De camino al aeropuerto la autopista está lentísima, pues hay demasiados autos. Al llegar están las filas para documentación, el control de migración y la revisión de seguridad (increíblemente largas en São Paulo y Bogotá). Si uno es lo suficientemente afortunado para recibir un trato preferencial en una de las colas, puede estar seguro de que las demás se lo compensarán. Cuando finalmente llega uno a la sala que le corresponde, mientras espera el abordaje, siente como si desfilaran ejércitos completos marchando en ambas direcciones. Uno comprende mejor el pleno significado de la palabra *multitudes*, y se siente aplastado por el simple intento de sentir compasión por ellas. La verdad es que mi sentimiento natural se puede describir mejor como *competencia*.

El abordaje en sí es una “experiencia de multitudes”. Supongo que hacerlo más o menos una vez al año no sería tan malo, pero cuando uno lo hace frecuentemente puede ser un reto para sus mejores modales. Hace muchos años, en la ciudad de Panamá, pude entender bien —aunque no me hizo gracia— la prisa de todos los pasajeros por subirse al avión: una empleada de la aerolínea anunció sonriente que el avión estaba listo para abordar, y que los pasajeros podían sentarse donde quisieran. ¡Tiene que haber sido una broma de mal gusto! Todos saltaron de sus asientos en la sala y corrieron hacia la puerta mientras yo, que estaba trabajando en mi computadora portátil, me quedé perplejo. Cuando por fin había guardado mis cosas, era demasiado tarde para luchar por un asiento. Me subí al avión con los últimos pasajeros, me senté en medio de dos personas enormes en la parte de atrás del avión, y guardé con tristeza mi pase de abordaje que decía “Asiento 8-C.” Yo pude entender lo que pasó en esa ocasión, pero por la forma en que los pasajeros empujan y se abren paso a codazos para subirse al avión, uno pensaría

que siempre se aplica la regla “los primeros en subirse son los primeros en escoger su asiento” o, peor aún, “los últimos en subirse tendrán que viajar de pie”. Sinceramente, mi experiencia de abordar el subterráneo en Tokio siempre fue más placentera.

Uno también batalla con las multitudes cuando en la puerta de abordaje se encuentra con un autobús en vez de un avión; es algo especialmente molesto cuando uno estaría encantado de caminar hasta el avión, que espera a 50 ó 100 metros de distancia. Obviamente, hay reglamentos que no lo permiten, y hay que resignarse a hacer el recorrido en autobús. Cada vez que uno piensa que el conductor va a cerrar las puertas del transbordador y salir, hay dos o tres pasajeros más intentado subirse. ¡Estoy convencido de que los conductores hacen apuestas de quién puede estrujar más pasajeros en el autobús! Lo paradójico es que mi mejor experiencia en un autobús de aeropuerto (en Buenos Aires en 1999), fue cuando el conductor estuvo perdido durante media hora (sí, treinta minutos completos) tratando de encontrar el avión correcto: la mayoría de los pasajeros eran argentinos que se entretuvieron haciendo bromas de cómo sólo en Argentina podía suceder algo así. Yo pasé el rato disfrutando los chistes y pensando que la única razón por la que eso no podía pasar en Costa Rica era porque el aeropuerto es tan pequeño que nunca habría más de un avión a la vez esperando pasajeros.

*Jesús recorría todos los pueblos y aldeas enseñando en las sinagogas,
anunciando las buenas nuevas del reino,
y sanando toda enfermedad y toda dolencia.
Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas,
porque estaban agobiadas y desamparadas, como ovejas sin pastor.
“La cosecha es abundante, pero son pocos los obreros
—les dijo a sus discípulos—.
Pídanle, por tanto, al Señor de la cosecha que envíe obreros a su campo.”*

Mateo 9:35-38

Las multitudes son molestas cuando uno está de viaje. Pero me recuerdo a mí mismo una y otra vez que aunque no sé lo que hay en el corazón de cada persona, mucha de la gente que me

topo está agobiada y desamparada, como ovejas sin pastor. En vez de dejarme agobiar yo también, ¿no debería ejercitarme en la compasión y practicar un poco la intercesión?

Me sigo esforzando . . .

Viaje 22

El caballero

¿Se ha imaginado usted a sí mismo alguna vez en un combate medieval, vestido con toda la armadura? Durante un congreso en Cracovia, Polonia, en setiembre del 2004, nuestros anfitriones organizaron una cena especial para los conferencistas invitados, durante la cual le entregaron a cada uno de nosotros una figura de un caballero de unos 20 centímetros de alto. Yo tuve que reaccionar con presteza después del impacto de ver que aquel ex-campeón olímpico de remo, enorme y barbudo, le estaba dando un beso a cada conferencista mientras le agradecía por su participación y le entregaba su caballero; cuando me tocó a mí, pensé rápido en una excusa aceptable y diplomáticamente dije en voz alta y con un fuerte acento: “Lo siento mucho, pero en América Latina no se acostumbra que los hombres se besen.” Los demás invitados se rieron cortésmente, y yo recibí mi caballero con un apretón de manos convencional.

Mientras examinaba con detenimiento mi hermosa réplica, me pregunté cómo sería combatir vestido así. El usar una armadura tiene que haber sido sumamente incómodo, pero era la manera de pelear las batallas sin exponer demasiado la vida. Uno podría ser más flexible y ágil sin ella, pero sería demasiado vulnerable también.

Cuando yo era soltero, pasé unos años maravillosos con los Siervos de la Palabra, una hermandad internacional ecuménica de hombres que viven solteros para el Señor.¹ Teníamos un patrón de vida muy claro que demandaba dedicar gran cantidad de tiempo a la oración, al estudio de la Biblia y al compartir, incluyendo las comidas y la celebración de ocasiones especiales que hacíamos en común. A menudo yo sentía que ese patrón de vida era demasiado estructurado, que nos limitaba nuestra capacidad de llegar a otras personas, de evangelizar, de servir. Y sin embargo, era muy claro para mí que todo eso que hacíamos era parte de la armadura: de nuestra fuerza y nuestra estabilidad salía nuestra capacidad de servir como lo hacíamos.

Pero saltemos ahora al viajero. ¿Cuánto equipaje se supone que tenemos que llevar en nuestros viajes? Yo he experimentado todas las variantes entre los dos extremos: desde “totalmente acorazado” (no usé ni la mitad de las cosas que llevaba) hasta “casi desnudo” (cuando por accidente salí para un viaje de tres días sin mi anillo de matrimonio).

Recuerdo que tuve una maleta grande, negra, de material indeformable, a la que bauticé “el ataúd”. En aquellos tiempos en que las aerolíneas le permitían a uno llevar hasta 32 kilogramos (70 libras) por pieza, yo me daba gusto llevando toda clase de cosas en esa valija. Siempre me veía bien vestido, portaba regalos y libros para mis anfitriones, y me traía cosas bonitas de otros países. Sin embargo, empecé a considerar seriamente el sepultar esa maleta después de que tuve graves problemas para meterla en el portaequipajes de mi taxi en Buenos Aires; la terminé de enterrar cuando me bajaron el límite de peso a 23 kg (50 lb).

En viajes de un solo día, he probado a irme únicamente con mi maletín de computadora, donde he metido también un cepillo de dientes y documentos, pero sin ropa para cambiarme. Eso me ha dado una enorme agilidad; me siento fantástico viajando tan ligero, pero la sensación desaparece si a uno le cancelan el viaje de regreso y se ve forzado a quedarse a pasar la noche, algo que no deja de ser factible. Como el 13 de febrero de 2002, cuando volé de Costa Rica a Guatemala para dar una presentación de una hora temprano por la tarde, con todo arreglado para volver esa misma noche. Después de que nos retrasaron el vuelo de regreso por unas dos horas, y mientras todos nos preguntábamos por qué nada se movía, ¡descubrimos que todo el personal de las torres de control recién se había declarado en huelga indefinida! Tuve la suerte de conseguir espacio en un hotel cercano... Al regresar al día siguiente pasé toda la mañana esperando en el aeropuerto, con la ropa maloliente y arrugada, y el ánimo aún más arrugado que la ropa. Al caer en cuenta de que podrían pasar varios días antes de que acabara la huelga, llamé a mis anfitriones pidiendo ayuda. Que Dios los bendiga, ellos me llevaron en automóvil hasta el aeropuerto de El Salvador, a unas cinco horas de distancia, y de ahí volé de regreso por la noche.

Después de diez años de viajar frecuentemente, todavía lucho tratando de encontrar el equilibrio correcto en mi equipaje, mientras me ajusto a las restricciones cada vez más ridículas que imponen las agencias de seguridad a los viajeros. No puedo dejar de recordar que Jesús les pidió a sus discípulos que viajaran sin equipaje (ver Lucas 9:1-3), al mismo tiempo que tomo en cuenta que existen cosas que siempre tenemos que llevar al viajar: no solamente el pasaporte, los medicamentos de uso regular y las herramientas para hacer nuestro trabajo, sino también aquellas cosas que nos mantienen seguros y fuertes para poder pelear las batallas. En mi caso particular, eso incluye mi Biblia, un buen libro para los ratos ociosos, mi colección de música cristiana, y

tres objetos especiales que coloco en la mesita de noche para recordar a mi esposa, mi hija y mi hijo.

Pónganse toda la armadura de Dios para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales. Por lo tanto, pónganse toda la armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo puedan resistir hasta el fin con firmeza. Manténganse firmes, ceñidos con el cinturón de la verdad, protegidos por la coraza de justicia, y calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz. Además de todo esto, tomen el escudo de la fe, con el cual pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno. Tomen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.

Efesios 6:11-17

Nota

1. Si tiene interés en saber más sobre los Siervos de la Palabra, visite www.siervosdelapalabra.org

Viaje 23

Novedades

Nosotros nos la pasamos buscando algo nuevo. Si bien es cierto que encontramos cierta comodidad en las rutinas, nuestros sentidos desean nuevos entretenimientos, nuevas canciones, nuevas nuevas. Un aspecto negativo de viajar con demasiada frecuencia es que, a pesar de que uno sabe mejor qué puede esperar y cómo hacer que las cosas funcionen, también sucede que le toca la misma revista en el avión, la misma película y, algunas veces, ¡¡¡hasta la misma aeromoza!!! Eso se puede volver aburrido, pues va en contra de nuestra afición por lo novedoso.

Esa tendencia a buscar lo novedoso es natural, pero puede ser contraproducente si no la mantenemos bajo control. Podría ser quizás la razón por la cual algunas personas se alejan de Dios, quedando a la deriva: siguen buscando nuevas experiencias (una nueva unción, una nueva conversión, una nueva renovación); sienten demasiada curiosidad acerca de las historias sobre ángeles, o sobre los templarios, o sobre los nuevos pergaminos, o sobre el evangelio según Judas.

Sea como sea, existe también un lugar sumamente importante para la sana doctrina, para la enseñanza ortodoxa, para la tradición. San Pablo nos escribe en la segunda carta a Timoteo 4:3-4, advirtiéndonos sobre quiénes son nuestros maestros y, a la vez, enseñándonos indirectamente sobre el tema de la novedad:

*Porque llegará el tiempo en que no van a tolerar la sana doctrina,
sino que, llevados de sus propios deseos,
se rodearán de maestros que les digan las novelerías que quieren oír.
Dejarán de escuchar la verdad y se volverán a los mitos.*

2 Timoteo 4:3-4

Yo me atrevo a decir que la mayoría de los viajeros de negocios no optarían por volar en un globo aerostático a su próxima reunión, solo por variar, independientemente de cuántas veces se hayan montado en el mismo avión de siempre. ¡Sería sano que aplicáramos esa misma lógica a nuestras vidas y a nuestra relación con Dios!

*Deténganse en los caminos y miren;
pregunten por los senderos antiguos.
Pregunten por el buen camino,
y no se aparten de él.
Así hallarán el descanso anhelado.*

Jeremías 6:16

Viaje 24

Niebla

Durante la mayor parte de setiembre, octubre y noviembre, volar desde Costa Rica tiene un defecto muy importante: uno no puede contar con regresar en la fecha que ha planeado. Después de un viaje de negocios en que el regreso estaba programado para la noche del 9 de octubre de 2005, la duda surge una vez más: *¿Llegaré a casa esta noche? ¿Logrará el piloto aterrizar el avión?* Desde mi ventana lo único que puedo ver son las estrías de agua empujadas por el viento contra el vidrio, y la imagen borrosa de las luces de navegación reflejadas en una sábana blanca que envuelve la aeronave.

Mi hija Ana Victoria y yo tenemos muchas cosas en común, y una conexión especialmente fuerte es el hecho de que los dos celebramos nuestros cumpleaños el día 10 de octubre. En 15 años, solamente una vez no estuve en casa para la celebración (yo estaba en Ann Arbor recolectando datos para mi tesis doctoral y mi familia ya había regresado a Costa Rica; eso fue en octubre de 1993, cuando Ana Victoria tenía solamente cuatro años, pero aún me lo reclama . . .) *¿Será esta acaso la segunda vez?*

El asunto es que la niebla se puede poner bien espesa en el aeropuerto Juan Santamaría, lo cual, junto con varias limitaciones técnicas que han aquejado al aeropuerto por demasiados años ya, provoca que las autoridades lo cierren y desvíen todos los vuelos a la ciudad de Panamá o al aeropuerto de Liberia. Eso puede significar que uno llega 24 largas horas después de lo planeado. En este día en particular, esas 24 horas tenían un significado especial para mí. *¿Logrará el piloto aterrizar el avión?*

¡Cuántas veces en la vida nos sentimos como volando a través de la neblina! Volamos por instrumentos y pasamos horas extra de rodillas. Al igual que el aeroplano, que no puede detenerse en el aire, seguimos adelante porque sabemos que eso es lo que nos toca, pero sin una perspectiva clara, sin paisajes familiares que nos den confianza, sin señales que nos alienten en el camino. La dificultad no está tanto en la niebla en sí, sino en la incertidumbre de si lograremos alcanzar nuestra meta. ¡Si tan solo supiéramos que sí vamos a llegar a casa! No nos importarían tanto los atrasos, las sacudidas, los múltiples inconvenientes. Pero es difícil pasar por un banco

de niebla mientras el piloto se mantiene en silencio, justo cuando más nos serviría recibir unas palabras de ánimo. En la vida diaria sabemos, sin embargo, que Dios no nos abandona: Él nos guía. Él nos da su Palabra. Él nos da su iglesia.

Tu palabra es una lámpara a mis pies; es una luz en mi sendero.

Salmo 119:105

Mi hija Ana Victoria y yo tenemos muchas cosas en común, y una conexión especialmente fuerte es el hecho de que los dos celebramos nuestros cumpleaños el día 10 de octubre. En 16 años, solo una vez no he estado en casa para la celebración.

Viaje 25

Planes frustrados

Nuestros caminos no son los caminos de Dios. Estoy en Caracas el 23 de octubre de 2005, esperando el vuelo de las 16:30 de regreso a Costa Rica, cuando se escucha el aviso: “Pasajeros del vuelo TACA 630 a San José, el vuelo está retrasado. En estos momentos no tenemos una hora estimada de partida.” Y pensar que yo renuncié a pasar el día en el Parque Nacional Los Roques, un precioso conjunto de islas en el Caribe, para poder estar de vuelta en casa el domingo por la noche después de mi viaje de negocios... A fin de cuentas, pude haber ido a la playa y haber regresado a tiempo. No me extrañaría para nada que cancelaran el vuelo, el único de Caracas a Costa Rica cada día, forzándome a regresar el lunes después de todo. ¡Qué singracia!

Viene a mi mente el pasaje de Proverbios 16:9: “El corazón del hombre traza su rumbo, pero sus pasos los dirige el Señor”, así como el de Proverbios 19:21: “El corazón humano genera muchos proyectos, pero al final prevalecen los designios del Señor.” Por supuesto, los autores de las Escrituras probablemente tenían en mente algo mucho más trascendental que un día de playa frustrado, pero el mensaje da en el blanco.

Un par de horas más tarde, tenemos la agradable sorpresa de escuchar a un avisado agente de la aerolínea, que nos dice que nuestro vuelo ha sido retrasado porque ha ocurrido un accidente con una avioneta en el aeropuerto Juan Santamaría en Costa Rica. ¡Un pequeño accidente de un pequeño avión, que provocó el cierre de todo nuestro pequeño aeropuerto internacional durante casi todo el día! El aeroplano que se suponía que debía llevarnos aún no ha salido de Costa Rica, pero en una acción sin precedentes, la aerolínea ha conseguido otra aeronave y una nueva tripulación, de manera que estamos listos para el abordaje tan pronto como se reciba la notificación de que el Juan Santamaría está abierto de nuevo.

Mi viaje frustrado a Los Roques y un posible retraso de 24 horas se han convertido en un atraso muy manejable de 4 horas... apenas el tiempo suficiente para esta reflexión.

Ahora escuchen esto, ustedes que dicen: “Hoy o mañana iremos a tal o cual ciudad, pasaremos allí un año, haremos negocios y ganaremos dinero.” ¡Y eso

que ni siquiera saben qué sucederá mañana! ¿Qué es su vida? Ustedes son como la niebla, que aparece por un momento y luego se desvanece. Más bien, debieran decir: “Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello.”

Santiago 4:13-15

Viaje 26

Me Tube

¡Qué gran bendición puede ser un buen cuarto de hotel! Pero a la vez es cierto que cada persona se topa con distintos retos en su habitación. Para algunos el problema es el ruido en el cuarto de al lado, o en el pasillo. Para otros puede ser el mini-bar. En mi caso específico, el reto es la distracción y las tentaciones que representa un televisor. Recuerdo un texto pertinente de Ravi Zacharias: “De todas la posibilidades a las que se puede recurrir en el entretenimiento, ¿por qué son la violencia y la sensualidad las dos que más se utilizan para estimularnos? ¿Por qué no más risa sana? ¿Por qué no el ímpetu moral? ¿Por qué no más ejemplos normativos de lo que podría y debería ser un hogar? ¿Por qué no más entretenimiento creativo y legítimo en vez de aquello que es destructivo y ofensivo?”¹

Conforme más tarde es y más cansado estoy al regresar a mi habitación después de trabajar, mayor es la probabilidad de que pase demasiado tiempo cambiando de canales como una máquina y viendo lo que no vería en mi propia casa. Eso acorta mis horas de descanso, me agoto cada vez más, y se crea un círculo vicioso. Debido a que yo sé que mi espíritu está dispuesto pero mi carne es débil, he decidido que no puedo tener un televisor funcionando en mi habitación cuando estoy de viaje. Esa decisión ha sido una gran bendición, aunque una bendición por la que a menudo tengo que pelear.

¿Lo ha intentado usted alguna vez? Es posible pedir una cama *king size*, o una habitación de no fumadores, o un edredón de plumas de ganso; pero tratar de deshacerse del televisor que está en el cuarto . . .

Reconozco que mis primeros intentos no fueron los mejores. Poco a poco me fui dando cuenta de que mi solicitud era demasiado excéntrica, y a menudo el personal del hotel simplemente se rehusaba a cooperar:

Recepción: “¿En qué le puedo servir?”

Yo: “Gracias, necesito que me retiren el televisor de mi habitación.”

Recepción: “¿Cómo dice? ¿Qué tiene de malo su televisor?”

Yo: “No, nada, simplemente necesito que se lo lleven.”

Recepción: “¿Por qué? ¿Necesita el espacio para otra cosa?”

Yo: “No, pero me distraigo demasiado y tengo mucho trabajo que hacer.”

Recepción: “Bueno, pues entonces no encienda el televisor, y ya.”

Yo: “Ese es precisamente mi problema: yo sé que lo voy a encender. Por favor,

¿podría llevarse el televisor de mi cuarto?”

¿Qué pasó con aquello de que “el cliente siempre tiene la razón”? En los pocos casos en que aparecía un técnico para encargarse del asunto, no venía de muy buen humor que digamos.

Fue entonces que caí en cuenta de que lo único que necesitaba era asegurarme de que el televisor no funcionara. Existen diferentes formas de lograrlo: la más sencilla es desconectar el cable del televisor y de la pared, y llevárselo a la recepcionista o al jefe de botones, con instrucciones claras de no devolverlo a su lugar hasta que uno se haya ido del hotel. Esto funciona muy bien, a menos que el hotel haya instalado un cilindro protector que impide que uno desconecte el cable (¿será posible que la gente se robe los cables de los cuartos de hotel?).

Algunos sistemas no funcionan sin el control remoto. En tal caso, uno puede entregarle el control remoto al jefe de botones, o sencillamente quitarle las baterías y botarlas en un basurero en el vestíbulo.

Algunos de estos esfuerzos me han fallado en hoteles que tienen “Servicio Cinco Estrellas a Medias”. Por ejemplo, en un Ritz-Carlton donde no atendieron mi solicitud de retirar el televisor de la habitación, con lo cual me obligaron a resolver el asunto por mis propios medios, la camarera se encargó de conseguir un cable de repuesto y ponerlo a funcionar de nuevo antes de que yo regresara por la noche. Probablemente muy satisfecha por su labor, lo dejó encendido para mi disfrute vespertino.

Cuando he tenido la ventaja de que una agencia de viajes me haga los preparativos para la travesía, y esta me ha dado la oportunidad de indicar necesidades especiales tales como “vegetariano” o “con acceso para sillas de ruedas”, me encanta retar al personal escribiendo “sin televisor en la habitación, por favor”. Con esta estrategia he tenido éxito en aproximadamente un

50% de los casos. Aparte de ayudar a protegerme, es una manera interesante de diferenciar un buen agente de viajes de un agente descuidado.

En ocasiones en que no ha habido un agente de viajes de por medio, o cuando la estrategia ha fracasado, casi siempre he logrado buenos resultados haciendo un esfuerzo paciente y cortés con el personal de la recepción. Al explicar claramente que lo que necesito es que el televisor esté deshabilitado durante mi estadía, en lugar de pedir que lo saquen de la habitación, evito que la gente piense que estoy totalmente loco y que estoy exigiendo algo irracional. Nada más me ven un poco raro, y ya. Recuerdo bien a un recepcionista en Colorado que me dijo “Okey, entiendo.” Aunque me temo que simplemente estaba siendo cortés, lo importante es que resolvió el asunto.

En mi caso particular, sea cual sea la estrategia que aplique en cada viaje, el esfuerzo tiene que hacerse lo más pronto posible, antes de llegar a estar demasiado cansado para luchar. Conozco mi debilidad, y he decidido hacer algo al respecto: quiero que sea Dios quien forme mi mente, no la pantalla del televisor.

*Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios,
les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual,
ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.
No se amolden al mundo actual,
sino sean transformados mediante la renovación de su mente.
Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios,
buena, agradable y perfecta.*

Romanos 12:1-2

Nota

1. Zacharias, R. *Can Man Live Without God?* (¿Puede acaso el hombre vivir sin Dios?). Word Publishing, Dallas, 1994, página 100.

Viaje 27

Autos

A mí me gustan tanto los automóviles, que a veces pienso que debí haber nacido en los Estados Unidos de América, donde la oferta es casi ilimitada y los precios sumamente competitivos. He estado suscrito a la revista *Consumer Reports* por más de 15 años, y siempre leo la sección completa sobre autos. Puedo distinguir la marca y modelo de casi cualquier automóvil a primera vista. Pero en mi país todavía pagamos más de 50% de impuestos por un automóvil nuevo, y encima de eso pagamos cerca de 3% del valor del auto como impuesto cada año (el mal llamado “derecho de circulación”) por el derecho a estar atascados en el tráfico varias horas por semana y a rebotar de hueco en hueco por los caminos del país. Súmele usted a eso el costo del seguro, ¡y un auto nuevo puede costarle casi lo mismo que una casa pequeña!

En este contexto, tuve la bendición de tener un automóvil fantástico. Hace muchos años, en 1990, mi familia y yo nos mudamos de Costa Rica a Ann Arbor, Michigan, para cursar estudios de postgrado. Llegamos con cuatro maletas, una beca de tres años, y doce mil dólares en el banco. En medio de muchas otras preocupaciones, necesitábamos encontrar un carro barato que pudiéramos usar por dos años, hasta que compráramos Nuestro Automóvil: conforme a la ley vigente en ese entonces en Costa Rica, podríamos llevarnos de vuelta a casa un auto LIBRE DE IMPUESTOS (oferta válida únicamente para profesores de las universidades estatales que estén cursando estudios de postgrado por un mínimo de dos años; el auto deberá tener un motor de 1600 cc o menos, y deberá haber estado inscrito a nombre del profesor por un mínimo de un año). Nos la jugamos con un auto pequeño alrededor de un año, deteniéndonos ocasionalmente en la agencia Suzuki de la avenida Washtenaw para admirar los *Sidekicks* que recién salían al mercado y que eran justo lo que necesitábamos. Cuando el carro viejo murió un año antes de lo esperado, regresando de un viaje a las cataratas del Niágara, ni lerdos ni perezosos nos presentamos en la agencia a negociar nuestro *Sidekick* 1991 nuevecito, por \$10.750.

A finales de 1993 nos mudamos de regreso a Costa Rica y nos trajimos el auto. Fue nuestro único automóvil por siete años, y nuestro auto familiar por más de diez. ¡Visitamos tantos rincones de Costa Rica con nuestro *Sidekick*! Cuando el odómetro alcanzó las 100.000

millas, salimos como familia a celebrar en acción de gracias. Finalmente, lo vendimos en \$6.000 después de 16 años y medio. La decisión no fue nada fácil, pero ya había llegado el momento de separarnos.

De lo anterior se desprende que mi afición por los automóviles no implica que yo sea coleccionista, como algunos millonarios. Tampoco se traduce en que cambie de automóvil todos los años, ni siquiera cada tres años, como sería normal para muchas personas de clase media en los Estados Unidos. En mi caso, el gusto me lo doy cuando tengo que alquilar un auto: tamaño intermedio, para no fumadores. Tomando en cuenta las limitaciones que imponen esos requisitos, he conducido una amplia gama de autos durante mis viajes de negocios, siempre comparando los accesorios, los detalles del diseño y la ingeniería, soñando que estoy en busca de un auto nuevo que voy a comprar. También he tenido la oportunidad de practicar para ser agradecido.

En enero del 2006 estaba en Chicago en un viaje de negocios. El triste *Saturn Ion* que me dieron en la agencia de alquiler llevaba todas las de perder: llegué al aeropuerto a las 10:30 de la noche, y tuve que esperar afuera durante 15 largos y ventosos minutos mientras aparecía el autobús que me llevaría al estacionamiento de los autos de alquiler. Cuando llegamos, mi automóvil estaba en un extremo del estacionamiento, y ni siquiera estaba encendido. Ciertamente, debió haber estado aún más frío en Chicago para ser enero, pero para alguien que vive en un país tropical, el frío era más que suficiente. No pude descifrar cómo abrir el portaequipajes, de manera que tuve que retirar las llaves de la ignición y abrir el maletero manualmente. Cargué mi equipaje y, mientras me acomodaba en el asiento del conductor, me las arreglé para dejar caer las llaves en el rincón equivocado. Después de 15 minutos de escarbar con la mano en una hendidura entre mi asiento y la consola central, de una enorme dosis de dominio propio, y de una cortada en un dedo, logré sacar las benditas llaves. Para entonces, mi actitud no podía ser nada compasiva, ni siquiera tolerante, para los pobres acabados, el débil motor y el carácter espartano general del auto.

Mi viaje en febrero del mismo año fue radicalmente distinto: mi vuelo aterrizó puntualmente a las 9 p.m., el autobús llegó tan pronto como salí después de recoger mi equipaje, el automóvil estaba caliente cuando llegué a recogerlo al estacionamiento, y lo que me esperaba era un *Ford Escape Limited 4X4* con 250 millas recorridas, por el precio de un automóvil convencional mediano. ¡Qué diferencia! El contraste con la experiencia anterior (en el mismo

aeropuerto y con la misma compañía de alquiler) fue tan claro, que no pude dejar de preguntarme: *¿y cuál de los dos autos merecía yo?*

Cuando uno es un viajero frecuente que ha llegado a alcanzar un estatus elite en algunos programas de aerolíneas y hoteles, llega a creer que se merece una atención perfecta: si no le dan el ascenso de categoría que solicitó, siente que lo están estafando. Si la cancelación de un vuelo lo obliga a pasar la noche en el hotel del aeropuerto donde le asignan una habitación a escasos tres metros de una cuadrilla que empieza su trabajo de remodelación a las 6 de la mañana, uno presenta su queja firmemente al supervisor de recepción, consciente de que no solo no le están dando la atención que merece, sino que si uno no vela por sus derechos, nadie más lo va a hacer por uno.

Pero el peligro en todo esto es que es demasiado fácil olvidar la gratitud. *¿Cuál automóvil merecía yo en la agencia de alquiler? Yo sé bien dónde estaría si, en la vida en general, siempre me dieran lo que merezco: yo sé que soy pecador, y que la paga del pecado es muerte. Sé que es por la gracia de Dios que he sido perdonado y que puedo acudir a Él cada día en oración. Y cuando estoy de viaje y no me dan lo que quisiera tener, como un ascenso de categoría o una comida caliente en el avión o una habitación tranquila, le doy gracias a Dios porque constantemente me recuerda que debo ser agradecido.*

*El Señor es clemente y compasivo,
lento para la ira y grande en amor.
No sostiene para siempre su querella
ni guarda rencor eternamente.
No nos trata conforme a nuestros pecados
ni nos paga según nuestras maldades.
Tan grande es su amor por los que le temen
como alto es el cielo sobre la tierra.
Tan lejos de nosotros echó nuestras transgresiones
como lejos del oriente está el occidente.
Tan compasivo es el Señor con los que le temen
como lo es un padre con sus hijos.*

*Él conoce nuestra condición;
sabe que somos de barro.*

Salmo 103:8-14

Viaje 28

Atrapado en un avión

¡Hay que hacer algo, no podemos quedarnos con los brazos cruzados!

Hoy es lunes 29 de mayo de 2006, y el día —que arrancó muy temprano— tuvo un buen comienzo. Mi regreso de la Universidad de McMaster salió casi perfecto: rápido y sin contratiempos ni tránsito pesado. Había visitado la universidad por unos días para participar de la conmemoración de la vida del Dr. Oded Bar-Or, un amigo y colega muy querido que había muerto unos meses atrás, y tenía que tomar un vuelo en Toronto. Devolví el auto de alquiler, hice los trámites con la aerolínea, y pasé por las oficinas de migración y de aduanas de los Estados Unidos en cuestión de minutos, aún antes de despegar de Canadá.

Pero ahora llevamos ya tres horas y media sentados en el avión, 210 largos minutos esperando la autorización para partir hacia el aeropuerto O'Hare en Chicago. El día está demasiado caliente para la época del año; en la cabina del avión hace mucho calor y todos estamos incómodos. Los bebés lloran, las mamás lloran, hasta los papás tienen ganas de llorar, pero han optado por discutir con las aeromozas, aunque hacerlo sea igual de inútil que llorar. Hay que hacer *algo*, pero estamos atrapados.

Atrapados, acorralados, como nos ha pasado a todos en algún momento difícil de nuestra vida. La sensación es horrible: uno se siente impulsado a hacer algo, pero tiene la certeza de que haga lo que haga, lo único que va a lograr es empeorar las cosas. A menos que siga el ejemplo del apóstol Pablo y se ponga a orar...

Pablo y Silas habían sido encarcelados en Filipos, después de ser despojados de sus ropas y azotados, debido a las quejas de los dueños de una esclava, una joven a quien habían liberado de un espíritu de adivinación. Los encerraron en una celda segura, con sus pies bien sujetos en el cepo. ¡Eso sí es estar atrapado! “A eso de la medianoche, Pablo y Silas se pusieron a orar y a cantar himnos a Dios, y los otros presos los escuchaban. De repente se produjo un terremoto tan fuerte que la cárcel se estremeció hasta sus cimientos. Al instante se abrieron todas las puertas y a los presos se les soltaron las cadenas” (Hechos 16:25-26).

Esta historia inspiró a Elizabeth Goodine para escribir la canción *I Bless Your Name* (Alabo tu nombre), interpretada por el grupo Selah; las palabras de una estrofa en particular se repiten en mi mente:

*Some midnight hour
If you should find
You're in a prison in your mind
Reach out and praise
Defy those chains
And they will fall
In Jesus' Name.*¹

(“Si allá por la medianoche te fueras a encontrar con que estás aprisionado en tu mente, extiende tus brazos, alaba, desafía esas cadenas, y estas caerán en el nombre de Jesús.”)

La voz de una mujer frente a mí corta abruptamente mis pensamientos: “¿Cómo puede usted trabajar en la computadora con este calor?!” Lástima que en vez de estar orando, yo solamente estaba escribiendo mis pensamientos para esta historia. ¡La inspiración llega cuando llega!

*Desde mi angustia clamé al Señor,
y él respondió dándome libertad.*

Salmo 118:5

Nota

1. “I Bless Your Name,” letra y música de Elizabeth Goodine, © Copyright 2004. Wayne Goodine Music /ASCAP (admin. por EverGreen Copyrights). Todos los derechos reservados. Se usa con permiso

Viaje 29

Ceremonia de premiación

Todos los años, en el mes de junio, trato de participar en el congreso anual del *American College of Sports Medicine*. Al final del congreso hay un banquete en el que he participado ocasionalmente, durante el cual se premia a algunos colegas por sus logros. Sin falta, se escuchan distintas versiones de las siguientes palabras en los discursos de agradecimiento: “. . . gracias a mi esposa y mis hijos a quienes sacrifiqué por diez años para poder sacar adelante este proyecto . . .”

¿Vale la pena? ¿Tenemos bien ordenadas nuestras prioridades cuando sacrificamos a nuestra familia por alcanzar metas mundanas? No lo creo. Aún si la meta fuera algo bueno y noble, no debería tener precedencia sobre nuestra principal responsabilidad: la familia. Si alguna vez lograra yo algo importante, quisiera poder decir que le doy gracias a Dios porque no tuve que sacrificar a mi familia para hacer esto o lo otro, sino más bien fue algo que pudimos hacer juntos. Suficiente sacrificio han tenido que hacer ellos mientras yo estaba viajando tanto . . .

*Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia,
y todas estas cosas les serán añadidas.*

Mateo 6:33

Viaje 30

Una perspectiva distinta

Regresando de Chicago el 23 de junio de 2006, mi avión a Dallas llegó con 90 minutos de retraso. Tengo solamente diez minutos para llegar a la sala D-14 para hacer mi conexión; sé que correr a toda velocidad no es una buena idea, más bien debo trotar de principio a fin, constante, sin paradas, y tal vez así lo logre. Estoy a punto de llegar cuando . . . ¡pum!, me detiene un agente de seguridad. No me da explicación alguna; simplemente está ejecutando un procedimiento bien coordinado con otros compañeros, asegurando el área que abarca una media docena de salas de abordaje. Se me ocurre intentar llegar a mi avión por el otro lado, pero mi puerta está precisamente entre las que tienen el acceso restringido. Mi cerebro trabaja furiosamente explorando las distintas opciones, pues no me puedo dar el lujo de perder mi vuelo a Costa Rica, o me quedo varado en Dallas por 24 horas (¡o más!). Estuve *tan* cerca de lograrlo . . .

¿Y si hay una amenaza de bomba? ¿Dónde prefiero estar, a bordo del avión, o parado en el pasillo como un simple espectador? Esa posibilidad definitivamente le cambia a uno la perspectiva.

Nuestra perspectiva sobre muchas cosas es tan parcial, tan inmediata, tan limitada en todo sentido... Por una parte, es justo decir que constantemente tenemos que actuar basados en la información que tenemos disponible: si siempre tratáramos de ponderar todas las posibilidades y recabar más y más información antes de actuar, quedaríamos paralizados. Pero por otra parte, debemos recordar en todo momento quiénes somos en tanto hijos e hijas de Dios, y no olvidar que Él tiene, de hecho, un plan perfecto. Su perspectiva es completa.

Puede ser que algunas cosas las entendamos en el acto, pero otras quizás tendrán que esperar unos cuantos años. Eso fue lo que pasó tiempo atrás en junio de 1981, cuando recibí una carta de la Agencia de Cooperación de Alemania (DAAD), en donde se me informaba que mi beca para estudios de doctorado se había cancelado, sin dar explicación alguna. Mi desilusión fue enorme, especialmente porque solo faltaban dos meses para viajar a Alemania y comenzar mis estudios. Un año después, luego de que mi apelación se resolvió a mi favor, pasé una semana en

oración y ayuno hasta que decidí rechazar la beca. En el transcurso de esos meses Dios había hecho muchas cosas maravillosas en mi vida, y yo estaba muy agradecido por no estar en Alemania; pero había un detalle que simplemente no calzaba: ¿por qué quiso Dios que el caso se resolviera a mi favor?

Años después, en una tarde del otoño de 1985, durante una conversación casual sobre esa experiencia con un hermano cristiano, él dijo muy naturalmente: “¿No te parece fantástico cómo Dios te dio la oportunidad de renunciar a tus estudios en Alemania, cuando estuviste listo para hacerlo?” En ese instante, la pieza que faltaba en el rompecabezas encajó perfectamente.

Hay otras cosas que nunca lograremos entender. Pero ciertamente ayuda el tener confianza en nuestro Padre, que sabe mejor que nadie lo que es bueno para nosotros. Desde su perspectiva de 360° multidimensional, perfecta y eterna.

“... *Guansa guein, pásenyers on American flait 2167 tu San Jouséi, Coustu Rica, disis yorlás col.*” ¡Nuestra última llamada! Los agentes de seguridad están quitando las cintas amarillas, y unos pocos pasajeros nos dirigimos a toda velocidad a nuestra puerta. Nunca supe por qué habían cerrado el área por 30 minutos.

*El hombre propone y Dios dispone.
A cada uno le parece correcto su proceder,
pero el Señor juzga los motivos.
Pon en manos del Señor todas tus obras,
y tus proyectos se cumplirán.
Toda obra del Señor tiene un propósito;
¡hasta el malvado fue hecho para el día del desastre!*

Proverbios 16:1-4

*“Porque mis pensamientos no son los de ustedes,
ni sus caminos son los míos
—afirma el Señor—.
Mis caminos y mis pensamientos
son más altos que los de ustedes;
¡más altos que los cielos sobre la tierra!”*

Isaías 55:8-9

¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios!

¡Qué indescifrables sus juicios

e impenetrables sus caminos!

“¿Quién ha conocido la mente del Señor,

o quién ha sido su consejero?”

Romanos 11:33-34

Viaje 31

La decisión correcta

Hoy es sábado 9 de setiembre de 2006. Ya completé mis responsabilidades de trabajo en Bogotá, Colombia, y mi vuelo de regreso está programado para el domingo por la tarde. Durante la mañana de hoy vamos a ir a un tour de la ciudad; después de almuerzo tendremos la tarde libre, y finalmente una cena de despedida con nuestros anfitriones. A partir de ahí quedo por mi cuenta hasta mi vuelo de mañana. ¿Qué tal si trato de cambiar mi vuelo para hoy?

A mi esposa no le gusta cuando cambio mis planes, aún si eso significa que voy a regresar antes a casa para acompañarla y para ayudarla en todas las cosas relacionadas con nuestros hijos. Lo que pasa es que ella lucha, muy en el fondo, con el temor de que yo pueda tener un accidente o que algo pueda salir mal. Siempre que hay un accidente de aviación, uno se entera de historias sobre la gente que debió haber estado en el avión pero que no estaba, y sobre otra gente que se subió al avión en el último instante. Lógicamente, no hay forma de que ninguno de ellos pudiera saber en cuál grupo le tocaría estar, pero siempre que voy a hacer un cambio lo pienso dos veces.

En esta ocasión, sin embargo, tengo una excelente razón para querer irme de Bogotá: me conozco demasiado bien. Yo sé que al estar solo, cansado, sin nada en particular que hacer excepto trabajar más, me pongo en una posición espiritual peligrosa. Esas condiciones son terreno fértil para las tentaciones, y en este viaje he estado luchando con la tentación. Ya desde mi llegada había solicitado que me retiraran el televisor de la habitación, pero eso podría no ser suficiente. Ahora lo que quiero es estar en casa, con mi familia, en un ambiente más seguro. He orado muy intensamente en este viaje, y mi deseo es honrar a Dios.

Ya el sábado por la noche estoy en Costa Rica. ¡Cómo me costó cambiar mi vuelo de regreso! Tuve que pagarle una multa a la aerolínea, llegué tarde al aeropuerto, no tuve tiempo de tramitar la devolución de los US\$52 de impuestos por exoneración de visitante, las filas para documentar equipaje y retirar el pase de abordaje eran larguísimas, y apenas apenas logré montarme en el avión. Varias veces me pregunté si había tomado la decisión correcta, pero todas las dudas desaparecieron —momentáneamente— cuando llamé a la casa mientras me acomodaba

en mi asiento, y mi hija contestó el teléfono y me dijo: “¡¡¡Qué bueno, *papa*, vas a llegar un día antes de lo esperado!!!”

Sí estoy en Costa Rica, pero todavía estamos adentro del avión, estacionados en el Aeropuerto Internacional de Liberia, mientras cargamos combustible. No pudimos aterrizar en nuestro destino en San José debido al mal clima. Cuando el capitán fracasó en su intento de aterrizar en el aeropuerto SJO hace más de hora y media, mis dudas volvieron a surgir: ¿tomé acaso la decisión correcta? ¿Cuántas horas más vamos a estar encerrados en este avión?

La pura verdad es que nosotros no tomamos las decisiones sabiendo cuáles van a ser los resultados; las tomamos utilizando la mejor información disponible en el momento, y confiamos en que Dios nos acompañará en las consecuencias. Yo sí tomé la decisión correcta, porque necesitaba proteger mi corazón, y estaba tratando de volver antes a la casa para estar con mi familia. Bendito sea Dios, lo demás está en sus manos.

Pero Daniel se propuso no contaminarse con la comida y el vino del rey, así que le pidió al jefe de oficiales que no lo obligara a contaminarse. Y aunque Dios había hecho que Daniel se ganara el afecto y la simpatía del jefe de oficiales, éste se vio obligado a responderle a Daniel: “Tengo miedo de mi señor el rey, pues fue él quien te asignó la comida y el vino. Si el rey llega a verte más flaco y demacrado que los otros jóvenes de tu edad, por culpa tuya me cortará la cabeza.”

El jefe de oficiales le ordenó a un guardia atender a Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Por su parte, Daniel habló con ese guardia y le dijo: “Por favor, haz con tus siervos una prueba de diez días. Danos de comer sólo verduras, y de beber sólo agua. Pasado ese tiempo, compara nuestro semblante con el de los jóvenes que se alimentan con la comida real, y procede de acuerdo con lo que veas en nosotros.”

Daniel 1:8-13

Viaje 32

Vale más pasar un día en tus atrios

Según mi esposa, mis viajes de negocios se pueden clasificar en tres categorías: (1) los que son obligatorios, (2) los que sería bueno hacer, y (3) los que yo decido hacer porque tengo un interés personal pero que son claramente optativos. Debido a que tengo que viajar mucho más de lo que quisiera, en los últimos seis años he tratado de limitar los de la última categoría al mínimo indispensable, aunque siempre exista una justificación comercial o académica para hacerlos. Ahora me encuentro en medio de uno de esos viajes optativos, y no puedo dejar de pensar: *¿qué rayos estoy haciendo aquí? ¿debería haber venido?*

Mientras escribo estas palabras, mi cuñada se está muriendo. Se le diagnosticó un tumor cerebral hace 11 meses, y después de una larga enfermedad y muchas pruebas, ya está lista para encontrarse con su Señor. Toda nuestra familia ha estado muy involucrada cuidándola, apoyando a mi hermano y a sus cuatro hijos, y orando constantemente para que se haga la voluntad de Dios. Cuando acepté hacer este viaje, jamás me imaginé que mi partida iba a coincidir con el aviso de que su muerte era inminente; para entonces, ya era demasiado tarde y no podía echar marcha atrás. Así que me fui para el aeropuerto, me subí al avión, y 18 horas más tarde iba llegando a mi hotel en Londres.

Tan solo unos minutos antes de partir, había recibido un correo electrónico que decía: “Les ruego me disculpen por el retraso en el envío de la agenda de Luis en Londres, pero como ustedes saben los horarios para la producción de comerciales de TV son muy difíciles de coordinar. Estaremos usando a Luis como el científico principal en la escena de fútbol, la cual se va a filmar el jueves. Conforme está quedando la agenda en estos momentos, solamente ocuparemos un científico del GSSI por cada deporte, y la parte del fútbol solamente nos tomará un día de filmación. Por lo tanto, si Luis así lo desea, *puede llegar a Londres el miércoles en lugar del lunes*. Sin embargo, si Luis quisiera venirse para Londres desde el lunes para pasear por la ciudad, atender otros asuntos, etc., de todos modos pagaríamos por su hospedaje y demás gastos por los días originalmente planeados. Por favor avísenme qué le gustaría hacer para que

podamos organizarnos.” ¡Dios mío!, ya era demasiado tarde para cambiar mi itinerario y aprovechar este cambio en la agenda; el mensaje solamente sirvió para empeorar las cosas.

Así que aquí estoy, lejos de casa, trabajando en mi computadora en el cuarto del hotel. Algunos días se nos hace especialmente importante saber que estamos caminando conforme a la voluntad de Dios. Esta vez, estoy casi seguro de que no lo estoy.

Dos días después de escribir los párrafos anteriores, habiendo interrumpido el viaje debido a la muerte de mi cuñada, tuve la oportunidad de compartir el Evangelio con Barty, un joven conductor londinense que mostró curiosidad por mi “religiosidad”, de camino al aeropuerto. Quizás algún día descubriré si esta fue la manera en que Dios redimió mi error de embarcarme en ese viaje, o si más bien Él había tenido desde el principio la intención de que yo estuviera en ese lugar en ese momento.

*Vale más pasar un día en tus atrios que mil fuera de ellos;
prefiero cuidar la entrada de la casa de mi Dios
que habitar entre los impíos.*

*El Señor es sol y escudo; Dios nos concede honor y gloria.
El Señor brinda generosamente su bondad
a los que se conducen [viajan] sin tacha.
Señor Todopoderoso, ¡dichosos los que en ti confían!*

Salmo 84:10-12

Viaje 33

Tu mano derecha no me suelta

Me topé con Margarita en el aeropuerto de San José, y me llamó la atención que venía con sus dos hijos bien asegurados con una correa especial atada a su muñeca. Estoy seguro de que Margarita es una excelente madre, pero ella misma no confía en su capacidad de controlar a sus hijos en un aeropuerto. ¡Ojalá hubieran inventado esas correas cuando yo estaba chiquillo! O tal vez mejor que no. La vida habría sido más aburrida, aunque sí es cierto que le habrían ahorrado a mi mamá muchas preocupaciones, sin mencionar mis propios sustos.

Todavía puedo recordar haberme perdido por lo menos tres veces cuando era pequeño, todas ellas en medio de grandes multitudes. También estuve perdido varias horas en la Península de Osa, en las selvas del Pacífico Sur de Costa Rica, pero para entonces ya tenía casi diez años (¡todo un hombre, según yo!), y además estaba con mi papá. Aunque él también estaba perdido, yo sentí que podíamos enfrentar cualquier cosa porque él me llevaba de la mano. Yo no corría peligro alguno, igual que los hijos de Margarita en el aeropuerto.

Hoy sé que mi Padre no suelta mi mano; siempre está conmigo. Él me conduce hacia aguas de reposo, me guía por senderos de justicia. Él calma las tempestades y me consuela a cada paso. Sólo Él es mi roca y salvación. Él es mi fortaleza, ¿quién me hará temblar? Todo mi ser se consume, pero Dios es mi herencia eterna y el que sostiene mi corazón.

*En mi lecho me acuerdo de ti;
pienso en ti toda la noche.
A la sombra de tus alas cantaré,
porque tú eres mi ayuda.
Mi alma se aferra a ti;
tu mano derecha me sostiene.*

Salmo 63:6-8

Viaje 34

De no ser por la gracia de Dios (¿Cómo me hacen esto a mí?)

Día 17 de diciembre del 2006. Este ha sido un año difícil, con muchos retos y complicaciones asociadas con el trabajo. En lo que a viajes internacionales se refiere, yo pensé que había sido más fácil, pero mi calendario no miente: pasé 96 días fuera del país, un poquito más del límite que yo mismo me he impuesto de un 25% de los días del año. Ahora bien, mi última visita a un aeropuerto este año debería ser muy distinta, pues vinimos a dejar a mi hija que va a ir a visitar a mi hermano y su familia en Neenah, Wisconsin, por tres semanas.

Al llegar al aeropuerto, me doy cuenta de lo mal acostumbrado que estoy a mi estatus de viajero frecuente, pues ella tarda 90 minutos para hacer la documentación como pasajera regular, comparados con los 20 minutos que típicamente me toca esperar a mí. Pero ya a las 8:30 de la mañana estamos listos para salir del aeropuerto y manejar una hora de regreso a casa. ¡Qué alivio, no más aeropuertos hasta el 2007!

A las 13:00 suena el teléfono en la casa: ¡es nuestra hija llamando por cobrar! Doy gracias a Dios, porque yo le había pedido que nos llamara tan pronto como llegara a Atlanta, para la tranquilidad de su mamá ...y la de su papá. Pero resulta que todavía está en Costa Rica: su vuelo fue retrasado tres horas, y luego lo cancelaron. No hay más información disponible en ese momento. Una hora después nos vuelve a llamar para contarnos que quizás la manden en otro vuelo a las 15:00, pero perdería la última posibilidad de conexión en Atlanta y tendría que pasar la noche en algún hotel cerca del aeropuerto para volar al día siguiente. Decidimos pedirle que se vaya a colocar en la fila y que nos espere. Otros 60 minutos en carro hasta el aeropuerto, para encontrarla allí esperando pacientemente con su equipaje: la aerolínea les pidió a todos los pasajeros que recuperaran su equipaje y regresaran al mostrador para programar un nuevo itinerario.

Mi carne arde en rebeldía: *No hay derecho de hacernos esto. No a mí. Hoy es domingo, se supone que debemos descansar. No se supone que yo deba tolerar ni un solo minuto adicional de trastornos de aeropuerto. ¡Se suponía que ya se había acabado el asunto por este año! Me*

doy cuenta de que estoy mucho más agotado emocionalmente de lo que me había imaginado. Pero mi hija adolescente ha estado haciendo filas y esperando dentro del avión desde las 7 a.m., sin comer ni tomar nada. No había más remedio que hacerme cargo de la situación, pero definitivamente lo hice contra mi voluntad, pues no me quedaba ni una gota de energía emocional para lidiar con el asunto: era perfectamente factible que acabara pegándole a alguien, o insultando a alguien, o simplemente gritando “¡bomba!” a viva voz, haciendo que me arrestaran ...o algo aún peor. Una vez más, le pedí a Dios que me diera paciencia y energía para hacerle frente a la vida, y me puse a hacer fila junto a ella por dos horas, hasta que le reprogramaron los vuelos para el día siguiente.

Dios no pierde ninguna oportunidad de hacernos crecer en paciencia por el Espíritu Santo, ya que la paciencia será necesaria en cosas que son mucho más importantes que unos pocos inconvenientes en el aeropuerto.

*Y un siervo del Señor no debe andar peleando;
más bien, debe ser amable [paciente] con todos,
capaz de enseñar y no propenso a irritarse.
Así, humildemente, debe corregir a los adversarios,
con la esperanza de que Dios les conceda el arrepentimiento
para conocer la verdad, de modo que se despierten
y escapen de la trampa en que el diablo los tiene cautivos,
sumisos a su voluntad.*

2 Timoteo 2:24-26

Viaje 35

Deslumbrado

Han pasado más de cinco años desde que empezamos a hacer estas pruebas con deportistas profesionales, así que no entiendo qué es tanto alboroto. ¿Qué les pasa con las luces? Con todo ese equipo, nos estamos arriesgando a no tener suficiente energía eléctrica para la banda sin fin, en cuyo caso nos tendremos que olvidar de la prueba y ciertamente no habrá nada que fotografiar ni filmar . . .

Nuestros primeros esfuerzos por programar una prueba con Ronaldinho comenzaron en el 2004. Había buenas posibilidades de que accediera a una prueba en nuestros laboratorios en las afueras de Chicago, pero su agenda era complicadísima: entrenamientos regulares y juegos de campeonato con el F.C. Barcelona, juegos de campeonato europeo también con el F.C. Barcelona, y prácticas y juegos con la selección nacional brasileña. Cuando por fin tenía unos pocos días libres, realmente quería tenerlos libres. ¿Cómo iba a dedicarle tres días completos a cruzar el Atlántico ida y vuelta para someterse a un par de horas de pruebas en un laboratorio en Chicago? ¿Y quién es este Ronaldinho?

Para los pocos hispanoparlantes que no lo conocen, Ronaldinho fue nombrado oficialmente por distintas organizaciones, en distintos momentos, como el mejor jugador de fútbol del mundo. Para aquellos lectores que no viven en el planeta Tierra, sino que habitan fuera de este mundo junto con Michael Jordan, la posibilidad de hacerle algunas mediciones fisiológicas a Ronaldinho era como hacerle pruebas a Jordan en los años noventa. Finalmente tuvimos que renunciar a llevarlo a nuestro laboratorio en Chicago y accedimos a trabajar en el laboratorio de un colega en la Universidad de Castilla-La Mancha en Toledo, España, a unas pocas horas de distancia de Barcelona. Así que esta prueba, que se había programado para el 12 de febrero y se pospuso para el 15 de marzo del 2007, sí ameritaba un gran alboroto.

La parte más importante de estas pruebas consistía en medir la tasa de sudoración de Ronaldinho mientras se ejercitaba en un ambiente moderadamente caliente, así como analizar la composición de su sudor. Con esos datos, podríamos prepararle algunas recomendaciones individualizadas sobre ingesta de líquidos y nutrientes para sus entrenamientos y partidos, pero

también podríamos crear algunos videos y folletos para ayudar a educar al público sobre la prevención de la deshidratación y los problemas por calor en el deporte. Tan importantes eran los resultados de las pruebas como el lograr buenas imágenes; ¡de ahí la importancia de las luces!

Tanto el fotógrafo como el camarógrafo eran verdaderos profesionales que, como tantos otros profesionales de las artes y el periodismo, sabían muy bien cómo ajustar las luces correctas sobre la “estrella” de la prueba para tener la iluminación perfecta. Sabían que cualquier luz que brillara sobre el objeto equivocado podría causar problemas. Yo también sé que una luz brillando sobre el objeto equivocado nos puede engañar o confundir. ¡Hasta la “estrella” misma de un evento puede quedar deslumbrada por las luces y no poder siquiera ver a su público! A pesar de mi admiración por las habilidades futbolísticas y el trato profesional cordial de Ronaldinho, me obligué a recordar que él no es más que un ídolo, alguien que no tiene brillo propio; que no es, en ese sentido, una verdadera estrella.

Yo centro mi atención en mi Señor Jesús, la luz verdadera que alumbra a todo hombre. Él no me deslumbra, centelleando y confundiendo las cosas; su palabra es una lámpara para mis pasos. Él ilumina mi sendero para mostrarme el camino, Él ilumina mis pensamientos para mostrarme la verdad, Él ilumina mi vida para mostrarme la Vida, porque Él es el camino, la verdad y la vida. Su luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la han vencido. Juan el Bautista vino “...como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que por medio de él todos creyeran. Juan no era la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz. Esa luz verdadera, la que alumbra a todo ser humano, venía a este mundo” (Juan 1:7-9).

Dios permita que yo, como Juan el Bautista, sea testigo de la única luz verdadera.

Viaje 36

Satisfacción

Yo sé lo que se siente cuando uno está separado de Dios nuestro Padre, y no me gusta para nada. Las palabras de una canción basada en Isaías 54 lo expresan muy bien: “Por un momento yo te abandoné, en mi furor mi rostro te oculté. Mas con fiel amor te recogeré, el Dios de Israel será tu salvador.”¹

Es horrible sentirse alejado del Padre. Así que no me sorprendió cuando mi esposa Ana me dijo por teléfono: “Luis Fer, tenemos un problema, Esteban te está echando de menos, pero en serio, y no ha pasado ni siquiera una semana desde que te fuiste. Anoche lloró mucho antes de dormirse, quería que regresaras inmediatamente. Necesito que hables con él mañana.” Yo saqué mi agenda y apunté que debía asegurarme de tener acceso a Internet el día siguiente, para tener una videoconferencia con él. Gracias a Dios, sí fue posible, aunque no fue suficiente.

Cuando regresé a casa tres días después, a eso de las 10 de la noche, me dolió encontrarme a Esteban despierto y llorando, pues normalmente se duerme a las 7:30. Me acosté junto a él en su cama: eso bastó para que se durmiera en cuestión de 10 minutos. A la mañana siguiente, mientras yo oraba, Esteban me tocó la puerta, entró, y se sentó a mi lado: estaba encantado simplemente por estar con su papá. Eso me recordó que no hay otro lugar donde yo me sienta más a gusto que cuando estoy junto a mi Padre. Por cierto, aunque por un momento nos pudiera ocultar su rostro, Él nunca se ausenta por andar en viaje de negocios.

*Señor, mi corazón no es orgulloso,
ni son altivos mis ojos;
no busco grandezas desmedidas,
ni proezas que excedan a mis fuerzas.*

*Todo lo contrario: he calmado y quietado mis ansias.
Soy como un niño recién amamantado
en el regazo de su madre.
¡Mi alma es como un niño recién amamantado!*

*Israel, pon tu esperanza en el Señor
desde ahora y para siempre.*

Salmo 131

Nota

1. “Sing Out O Barren One”, letra y música de Michael J. Keating. © 1978 The Servants of the Word (Administrada por The Copyright Company, Nashville, Tennessee). Todos los derechos reservados. Copyright internacional asegurado. Se usa con permiso. Versión en español de F. Figueroa Esquer, “Estalla en una canción”.

Viaje 37

Me siento bastante inútil

En junio del 2006 escribí: “Intenté programar una cita en las oficinas centrales de *Focus on the Family* para promover las ideas que estaba plasmando en este libro y, aunque todavía no había logrado la cita, iba a llegar con un día entero de anticipación al congreso anual del American College of Sports Medicine en Denver. La idea era manejar hasta Colorado Springs y, en el peor de los casos, hacer algunos contactos para una futura ocasión. El plan era bueno, pero una cadena de atrasos y cancelaciones en el aeropuerto de O’Hare se encargó de que llegara a Denver casi 20 horas después de lo planeado. Sin cita, y demasiado tarde de todos modos. ¿Qué está tratando de hacer Dios conmigo? Yo estoy convencido de que este libro debe ser obra de Dios, no mía. Pero llevo más de dos meses de total sequedad, sin una sola idea. Qué desazón.”

Hoy es 20 de setiembre de 2007; ya casi se van a cumplir *dos años* desde que me llegó la inspiración para este libro. En aquel momento pensé que lo podría terminar en unos cuantos meses, pero 24 no son precisamente así como que digan “unos cuantos”. Dios me está enseñando, por la vía difícil, que quiere que este proyecto se ejecute según su propio cronograma. Cuando comenzamos, yo pensé que no tenía nada en contra de “el tiempo de Dios”, pero parece que Él me conoce demasiado bien y está viendo muchas cosas en mi vida que deben ser corregidas primero, como por ejemplo el confiar demasiado en mis propias fuerzas y en mis propios recursos, o querer tener las cosas bajo control. ¿Seré acaso el único cristiano que ha tenido alguna vez ese problema?

¡Me cuesta tanto depender cien por ciento del Señor! Como yo necesito estar bien organizado y ser eficiente para poder funcionar cada día, es demasiado fácil que me consuma en mis propios planes y suponga que puedo hacer todo lo que planeo. De hecho, estoy convencido de que ni las otras personas ni yo podríamos funcionar si no arrancáramos de la suposición de que nuestros planes van a salir bien... Pero tenemos que tener la flexibilidad para ajustarnos si las cosas no salen, y es ahí donde yo enfrento problemas serios.

Cuando estamos de viaje, por ejemplo, nos vemos forzados a poner el control en manos de otros, como las aerolíneas, los hoteles y los taxis, y hay demasiadas cosas que pueden salir

mal. Los atrasos son frecuentes, aunque el problema de fondo no es el atraso en sí, sino la falta de control, la sensación de que no hay nada que uno pueda hacer al respecto. (“¡Si tan solo nos hubieran avisado que el vuelo saldría dos horas tarde, me hubiera ido para el restaurante a comerme una buena cena, en vez de quedarme esperando en la sala de abordaje!”) Bajo tales condiciones de total incertidumbre, a mí me cuesta de manera especial funcionar normalmente, pensar con claridad, aprovechar el tiempo con sabiduría. No puedo evitar sentirme inútil y ponerme especialmente impaciente. Igual que cuando me quedo pegado con el manuscrito del libro...

¿Quién dijo que me obsesiona el control?

*Por tanto, hermanos, tengan paciencia hasta la venida del Señor.
Miren cómo espera el agricultor a que la tierra dé su precioso fruto
y con qué paciencia aguarda las temporadas de lluvia.
Así también ustedes, manténganse firmes
y aguarden con paciencia la venida del Señor, que ya se acerca.*

Santiago 5:7-8

Viaje 38

Mi mejor amigo me regaló una pistola

Escribo estas palabras sentado en mi cuarto de un hotel en Palatine, Illinois, cerca de las oficinas centrales del Gatorade Sports Science Institute® (GSSI) en Barrington. Recientemente celebré 10 años de trabajar como consultor del GSSI; cuando comencé en el año 1997, mi mejor amigo (a quien llamaré *Rodrigo*, por Rodrigo Mendoza de la película *La Misión*) se acababa de mudar a vivir en Lake Geneva, Wisconsin, como a 90 minutos en carro desde las oficinas del GSSI. ¡Qué gran bendición! Podríamos pasar tiempo juntos cada vez que yo viajara a Barrington, algo muy especial en los tiempos en que no existían los servicios de voz por Internet y cuando las llamadas telefónicas eran mucho más costosas. Nunca me imaginé por qué Dios nos estaba dando esa oportunidad.

Rodrigo había estado atravesando un tiempo muy difícil con su familia. Cuando vivieron en Costa Rica mientras él trabajaba como misionero cristiano, su esposa había desarrollado una encefalitis que la había afectado tremendamente por unos 9 años, lo cual hizo que su vida fuera muy dura y retante. Durante todos esos años a mí me correspondió apoyarlos con regularidad, orando constantemente por ellos, reuniéndome con Rodrigo para conversar y orar siempre que era posible, y acompañándolo y pidiéndole cuentas sobre su vida. Finalmente, ellos decidieron mudarse a vivir cerca de Chicago, la ciudad natal de su esposa, con la esperanza de que ella se sentiría mejor que en Costa Rica y lograría quizás recuperarse.

Durante una de mis visitas a Barrington, Rodrigo me llamó por teléfono al hotel y me dijo que quería verme porque tenía un regalo para mí: tenía una pistola que quería darme. ¿Cómo? ¿Una pistola? ¿Para mí? El arma más peligrosa que yo había tenido en mi vida había sido una cuchilla automática de 5 cm de longitud (peligrosa especialmente por la alta probabilidad de que yo me cortara solito al cerrarla). “Sí —me dijo—, siempre he querido regalarte una pistola, y recientemente conseguí esta pistola vieja que no funciona. Por favor, aceptáala. Representa lo que hiciste por mí: cuando te confesé cómo había vivido una vida pecaminosa por varios años, engañándote y escondiendo todas mis faltas, estabas en pleno derecho de darte media vuelta y alejarte para siempre, pues yo había traicionado tu confianza, te

había hecho perder miserablemente el tiempo. En ese momento, era como si te hubiera entregado una pistola cargada que estaba apuntada a mi cabeza, y mi futuro dependía literalmente de lo que decidieras hacer con mi confesión. Pudiste haber tirado del gatillo, condenándome. Pero optaste por perdonarme, y con eso botaste la pistola y me diste la oportunidad de vivir.” Acepté la pistola, y me la traje para mi casa en Costa Rica.¹

Ciertamente, él había tenido una serie de amoríos con mujeres casadas y solteras mientras su esposa estaba enferma, lo cual le causó un enorme dolor a su familia y acabó por costarle su matrimonio. Nos había estado mintiendo a todos los que estábamos cerca durante ese tiempo, pero las cosas habían llegado a tal punto que su esposa le había sugerido que se internara en un centro para personas con adicciones diversas, y él había accedido. Ahí pasó varios días enfrentándose a la cruda realidad de sus acciones, y preparándose para ser liberado. Fue ahí donde preparó una confesión escrita que compartió con solo dos personas antes de destruirla: su esposa y yo.

¿Cómo podía yo negarme a perdonarlo? Por un lado, su pecado había sido tan grave que había destruido su matrimonio, pero por otro lado, yo conocía mi propio corazón. Yo sabía que muchas veces había necesitado del perdón de Dios; sabía demasiado bien que Él nos enseñó a orar diciendo: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores” (Mateo 6:12). Yo no quería ser como el siervo malvado que, después de ser perdonado por su amo (a quien le debía el equivalente de millones de dólares), se rehusó a perdonarle a su compañero unos cuantos dólares, haciendo que lo metieran en prisión (Mateo 18:23-35). Además, yo sabía que ya Dios había perdonado a Rodrigo. ¿Quién era yo para condenarlo? Le rogué a Dios que me diera de su gracia, e hice mi parte.

Durante los siguientes nueve años, Rodrigo y yo nos comimos por lo menos una docena de pizzas *deep dish* en Giordano’s, compartimos nuestros sueños y nuestros retos, oramos juntos, y fuimos juntos de compras por todo Barrington y sus alrededores. Varias reflexiones importantes de este libro se las debo a mis conversaciones con Rodrigo. Dios hizo su obra en mi corazón para que yo pudiera perdonarlo por completo; tanto así, que nunca se me ha pasado por la mente la posibilidad de volver a apuntarle esa vieja pistola a la cabeza.

Por eso el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar cuentas con

sus siervos. Al comenzar a hacerlo, se le presentó uno que le debía miles y miles de monedas de oro. Como él no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su esposa y a sus hijos, y todo lo que tenía, para así saldar la deuda. El siervo se postró delante de él. “Tenga paciencia conmigo —le rogó—, y se lo pagaré todo.” El señor se compadeció de su siervo, le perdonó la deuda y lo dejó en libertad.

Al salir, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien monedas de plata. Lo agarró por el cuello y comenzó a estrangularlo. “¡Págame lo que me debes!”, le exigió. Su compañero se postró delante de él. “Ten paciencia conmigo —le rogó—, y te lo pagaré.” Pero él se negó. Más bien fue y lo hizo meter en la cárcel hasta que pagara la deuda. Cuando los demás siervos vieron lo ocurrido, se entristecieron mucho y fueron a contarle a su señor todo lo que había sucedido. Entonces el señor mandó llamar al siervo. “¡Siervo malvado! —le increpó—. Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haberte compadecido de tu compañero, así como yo me compadecí de ti?” Y enojado, su señor lo entregó a los carceleros para que lo torturaran hasta que pagara todo lo que debía.

*Así también mi Padre celestial los tratará a ustedes,
a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano.*

Mateo 18:23-35

Nota

1. Esto fue antes de los ataques terroristas del 11 de setiembre del 2001, y todas las complicaciones de seguridad resultantes. Ignoro si hoy en día se le permite a la gente llevar armas de fuego en su equipaje, aún si están descargadas y si se han declarado a la aerolínea, como en el caso mío.

Viaje 39

Cómo mantenerse en forma

Cada vez es más frecuente escuchar a los expertos en salud de distintos países, que insisten en la importancia del ejercicio regular como un componente clave de un estilo de vida saludable. Da gusto saber que yo tenía razón desde hace años, después de haber soportado las burlas de mis amigos, mi familia y mis vecinos cuando comencé a trotar en las mañanas a los 16 años de edad. Desde entonces he disfrutado de un estilo de vida físicamente activo, sin sobresalir en ningún deporte en particular, pero sí manteniéndome en buena condición física y teniendo suficiente habilidad para disfrutar una amplia variedad de deportes recreativos.

Como científico del ejercicio estoy comprometido con la actividad física, aunque me ha tocado vivir en carne propia las dificultades que pueden causar los viajes de negocios. Durante mi primer año de viajes frecuentes, la disciplina y las rutinas de ejercicio que había desarrollado durante muchos años resultaron ser más una desventaja que una ventaja; me di cuenta de que yo mantenía expectativas y estándares demasiado altos. Mis entrenamientos diarios eran de un mínimo de una hora, a veces hasta de dos, e incluían un buen calentamiento antes del entrenamiento aeróbico y un buen estiramiento al final. Además, las instalaciones y equipo del gimnasio donde yo acostumbraba entrenar eran de primera línea. Al empezar a viajar me topé con agendas apretadas, instalaciones deportivas deplorables en los hoteles, y muy pocas opciones en general. El resultado: en la mayoría de mis viajes, no hacía ejercicio.

Aprendí rápidamente que los hoteles caros no necesariamente tienen buenas instalaciones para hacer ejercicio, si es que las tienen del todo; que los criterios de los gerentes de hotel sobre lo que es un buen gimnasio pueden estar desactualizados por 10, 20 o hasta 30 años; que las piscinas de hotel tienden a tener menos de un metro de profundidad, lo cual las califica más como tinas gigantes que como instalaciones para la natación; que correr en las calles del Reino Unido puede ser *muy* peligroso, ya que uno tiende a fijarse en la dirección equivocada antes de cruzar las calles; que al sumar la altitud con la contaminación, el aire de México D.F. no es el más indicado para correr a alta intensidad; que Bogotá es una ciudad sumamente amigable con los corredores, los patinadores y los ciclistas, mientras que Caracas y San José son todo lo

contrario; que aún el hotel más elegante puede abrir el gimnasio una o dos horas después de lo que está indicado en la guía para el huésped del hermoso portafolios de cuero, colocado estratégicamente sobre la mesita de noche; que los hoteles a menudo consideran su gimnasio como una fuente adicional de ingresos, en vez de un servicio a sus huéspedes; que cuando el gimnasio o la piscina están en remodelación, la administración del hotel considera innecesario informarle a uno por adelantado u ofrecerle una alternativa.

Me salió caro aprender que muchos hoteles en América Latina tienen puertas de incendio que quedan trancadas después de que uno sale por ellas para hacer ejercicio en las escaleras, y que la única manera de regresar al hotel es bajando hasta el piso principal y saliendo a la calle; que no es buena idea perderse al salir a correr por las calles cubiertas de nieve de la ciudad de Cleveland (o cualquier otra ciudad del Norte en pleno invierno); que las burbujas gigantes de color azul-morado que uno puede ver flotando en el mar en Key Biscayne son los famosos y peligrosos *Portuguese man-of-war* (las “carabelas portuguesas” o aguamalas, parecidas a la medusa) sobre los que leí tantas veces en los textos de salvamento acuático en inglés; que en todo el mundo es cierto que la gente tiende a subestimar las distancias cuando es uno el que tiene que cubrirlas a pie o en bicicleta; que no se deben usar bicicletas montañeras de alquiler de bajo o mediano precio para hacer ciclismo de montaña; que el riachuelo que no logré saltar cuando corría por la playa era efectivamente de aguas negras; que la entrega de pizzas a la habitación siempre llega tarde, excepto esa noche en particular que tuve la idea genial de encargarla antes de ir al gimnasio para entrenar solamente 30 minutos; que siempre hay que llevar en la maleta de mano ropa para ejercicio (y no solo los medicamentos de uso regular y la ropa de negocios), para aquellas oportunidades en que el equipaje documentado no llega con uno a su destino.

Claro que estoy hablando sobre experiencias que he tenido a lo largo de muchos años. Ya mencioné que el primer año de viajes de negocios fue el peor, pero con una buena dosis de perseverancia, comencé a poner en práctica algunos trucos sumamente útiles:

- Asegúrese de que haya suficiente tiempo en su agenda diaria para hacer ejercicio, dejándoles bien claro a sus anfitriones que necesita disponer de ese tiempo.
- Sea flexible: si solamente tiene 30 minutos disponibles, haga 20 minutos de ejercicio, y dese una ducha rápida. Eso es mejor que no hacer ejercicio del todo.

- Tome nota sobre la calidad de las instalaciones para hacer ejercicio en los hoteles donde se hospeda, por si acaso le toca regresar a la misma ciudad.
- Apréndase una rutina básica de ejercicios que pueda hacer en su habitación.
- Utilice las escaleras del hotel en vez del elevador, siempre que sea factible y seguro.
- Lleve siempre consigo un traje de baño, así como gorra y gafas de natación (cabén en cualquier parte, y no pesan nada).
- Incorpore el ejercicio a sus compromisos diarios: camine de ida y regreso de sus reuniones, siempre que sea razonable y seguro; cuando tenga la oportunidad de visitar lugares de interés turístico, escale las pirámides (Teotihuacán, México) o las colinas (Poços de Caldas, Brasil); apúntese a participar en las actividades deportivas de sus reuniones (la caminata/carrera recreativa de 5 km en honor al Dr. Gisolfi, durante las reuniones anuales del Colegio Americano de Medicina Deportiva) o, si la reunión está a su cargo, organice actividades sociales que representen hacer actividad física, como pasear por la ciudad en bicicleta (Chicago, Vancouver, Vail, etc.) en lugar de visitar un museo.¹

Al practicar una rutina que incluye al menos un poquito de ejercicio o actividad física durante todos mis viajes, he logrado mantenerme en forma y tener una vida sanamente equilibrada, cuidando de mi cuerpo como se debe. Mi énfasis no está, sin embargo, en entrenar como un atleta, pues trato de darle a cada cosa la prioridad que le corresponde.

*...Más bien, ejercítate en la piedad,
pues aunque el ejercicio físico trae algún provecho,
la piedad es útil para todo,
ya que incluye una promesa no sólo para la vida presente
sino también para la venidera.*

1 Timoteo 4:7-8

Nota

1. En la página web del American College of Sports Medicine hay un documento en inglés del Dr. Leonard Kaminsky, con consejos sobre cómo mantenerse físicamente activo durante los viajes:
<http://www.acsm.org/AM/Template.cfm?>

[Section=Search§ion=19991&template=/CM/ContentDisplay.cfm&ContentFileID=290](#). Descargado el 1º de setiembre de 2008.

Viaje 40

Haciendo fila

“¡Qué alegría cuando me dijeron: ‘Vamos a la casa del Señor’! ¡Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén!” (Canto de Miguel Manzano, España, basado en el Salmo 122).

¡Y no tendremos que hacer fila! Las puertas del Cielo estarán abiertas de par en par, y serán tan amplias que entraremos marchando hombro con hombro. Ya no tendremos que esperar, no habrá filas VIP, nada de pasar por rayos X ni máquinas sopladoras ni que nos registren entre las piernas ni por delante ni por detrás como vulgares criminales. No tendremos absolutamente nada que ocultar, nuestros pecados habrán sido lavados, y caminaremos confiados hacia el trono de Dios para estar con Él... ¡para siempre!

*Dichosos los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida
y para poder entrar por las puertas de la ciudad.*

Apocalipsis 22:14

Habremos llegado a nuestro hogar.

Epílogo

Este libro fue escrito desde una perspectiva Cristiana que, sin embargo, está teñida en mayor o menor grado por mis experiencias y limitaciones personales. Sin pretender hacer una exposición completa de la fe cristiana, me pareció conveniente ofrecer una declaración sucinta de cómo se acerca una persona a esa fe y cómo entiendo yo que dicha fe debería impactar la vida cotidiana del cristiano. Confío en que las historias narradas en el resto de la obra sean congruentes con esta breve exposición.

- Dios (Padre, Hijo, y Espíritu Santo) creó todo lo que existe. Desde el principio de los tiempos, Él nos tuvo en mente a usted y a mí, nos hizo con un propósito y nos ama. Aunque los seres humanos podemos investigar, entender y explicar miles de cosas importantes, lo más importante de todo es la razón de nuestra existencia, y eso lo tenemos que descubrir a los pies de Jesucristo.
- Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nació de María en la plenitud de los tiempos y habitó entre nosotros. Fue crucificado por nuestros pecados, y resucitó, venciendo así a la muerte y el pecado para siempre. Al partir para regresar a Dios Padre, nos dejó el Espíritu Santo, el abogado, que nos consuela y nos guía. Por la victoria de Cristo, sé que después de morir yo resucitaré y entraré a la gloria de Dios.
- Todos hemos pecado, todos nos quedamos cortos. Cada persona debe optar libremente por recibir el don de la gracia de Dios e incorporarse así al plan que Dios tiene para su vida. Es lo que se llama en lenguaje común la “conversión”; las iglesias cristianas tienen distintos ritos o procedimientos para esto, pero la idea central es cederle las riendas de su vida a Dios, aceptando el don gratuito del perdón y la salvación de Cristo. Esto marca una diferencia en la vida de cada persona, y ha marcado una diferencia en mi propia vida. Sin embargo, a pesar de la obra de Dios, sé que en mi vida terrenal aún cometo muchos errores: ya he sido redimido, pero aún no soy perfecto.
- Aunque nos hayamos suscrito al plan de Dios debemos recordar que no podemos ganar el Cielo (entrar a la presencia de Dios para siempre) por nuestro propio mérito. Es natural que yo quiera complacer y obedecer a Dios en todo, porque lo amo, pero haga lo que haga siempre me quedaré corto. Es únicamente por su gracia que puedo recibir la salvación, lavado por la sangre de Jesús, el Cordero de Dios.
- Usted y yo fuimos creados para amar. Los Diez Mandamientos son fundamentales para la vida, pero Jesús nos enseñó que los más importantes son “Ama al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas” y “ama a tu prójimo como a ti mismo” (Evanglio según San Marcos 12:28-31).
- He constatado que la vida matrimonial es un contexto excelente para la práctica del amor en todas sus dimensiones. También la vida cotidiana en el trabajo, el estudio, la

recreación, los viajes, etc., está llena de oportunidades para crecer en el amor a Dios y al prójimo.

- Todo lo que tengo se lo debo a Dios, aún las cosas que he logrado, aparentemente, por mi perseverancia y empeño. Lo sé porque he pasado por momentos en la vida en que he comprobado que si no tengo su gracia, mi empeño no vale nada. Dios ha intervenido directamente en mi vida y también ha usado a mi familia y mis hermanos en la fe en incontables ocasiones.
- Como ser racional y libre que soy, mis decisiones deberían guiar mi conducta; como hijo de Dios, la enseñanza de la Biblia y de la Iglesia deberían guiar mis decisiones. Así, mi vida de fe debe tener un impacto concreto sobre mi conducta. Lo digo reconociendo que es únicamente por la gracia de Dios que puedo recibir la salvación.

Apéndice

Consciente de los retos y problemas que enfrentamos los cristianos que viajamos con frecuencia por asuntos de trabajo, organicé recientemente una actividad especial en nuestra comunidad Árbol de Vida en San José, Costa Rica, para conversar con mis hermanos sobre el tema y compartir ideas y experiencias. El fruto fue una serie de pasajes de las Escrituras y varias recomendaciones que, aunque son particularmente relevantes para el viajero frecuente, deberían ser útiles también para cualquier cristiana o cristiano que quiera proteger su corazón. Me pareció que valdría la pena compartirlos con los lectores, reconociendo que mis consejos tendrán algunas limitaciones por el hecho de que la discusión se hizo solamente entre hombres.

Cómo manejar las pruebas de los viajes por negocios

¿Qué quiere Dios de nosotros cuando enfrentamos pruebas durante los viajes de negocios?

En primer lugar, que tengamos esperanza. Santiago 1:12 dice: “Dichoso el que resiste la tentación porque, al salir aprobado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a quienes lo aman.” ¿Qué preferimos, un alivio temporal del asedio de la tentación, o la corona de la Vida Eterna?

En segundo lugar, que estemos conscientes del peligro y de los recursos que tenemos a la mano. Pablo nos dice en 1 Corintios 10:12-13: “Por lo tanto, si alguien piensa que está firme, tenga cuidado de no caer. Ustedes no han sufrido ninguna tentación que no sea común al género humano. Pero Dios es fiel, y no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que puedan aguantar. Más bien, cuando llegue la tentación, él les dará también una salida a fin de que puedan resistir.”

Tercero, que debemos ayunar y orar antes de los viajes difíciles. En un momento sumamente difícil para sus discípulos, Jesús les dijo: “Estén alerta y oren para que no caigan en tentación. El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil” (Mateo 26:41).

Cuarto, que nos mantengamos alerta y utilicemos las armas que nos han sido entregadas: “Los que duermen, de noche duermen, y los que se emborrachan, de noche se emborrachan.

Nosotros que somos del día, por el contrario, estemos siempre en nuestro sano juicio, protegidos por la coraza de la fe y del amor, y por el casco de la esperanza de salvación” (1 Tesalonicenses 5:7-8). Pablo también nos dice en Efesios 6:10-18:

Por último, fortalézcanse con el gran poder del Señor. Pónganse toda la armadura de Dios para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales. Por lo tanto, pónganse toda la armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo puedan resistir hasta el fin con firmeza. Manténganse firmes, ceñidos con el cinturón de la verdad, protegidos por la coraza de justicia, y calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz. Además de todo esto, tomen el escudo de la fe, con el cual pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno. Tomen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Oren en el Espíritu en todo momento, con peticiones y ruegos. Manténganse alerta y perseveren en oración por todos los santos.

Promesa de Peregrinos

Leemos en 1 Pedro 2:11: “Queridos hermanos, les ruego como a extranjeros y peregrinos en este mundo, que se aparten de los deseos pecaminosos que combaten contra la vida.” En Hebreos 11:13 también leemos sobre Abel, Noé, Sara y Abraham, y dice: “Todos ellos vivieron por la fe, y murieron sin haber recibido las cosas prometidas; más bien, las reconocieron a lo lejos, y confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra.” *Ciertamente siempre somos peregrinos, extranjeros en este mundo, pero particularmente lo somos cuando estamos de viaje.* Tomando en cuenta que tantas personas en la Biblia han vivido como peregrinos, ¿no deberíamos nosotros hacer todo nuestro esfuerzo también?

En la comunidad Árbol de Vida hemos hecho un compromiso público de cuidar nuestros corazones, de aplicar principios de sabiduría práctica para los viajeros (ver más adelante), de mantener nuestras vidas a la luz con nuestros líderes pastorales, y orar y ayunar. Le hemos

llamado a esto nuestra “Promesa de Peregrinos”. Como cristianos que queremos amar, honrar y obedecer a Dios, nos comprometemos a lo siguiente:

1. **Cuidar nuestros corazones.** Vamos a orar, leer nuestras Biblias y mantenernos cerca de nuestras familias aún durante los viajes, usando el teléfono, el correo electrónico, o los servicios de videoconferencia por Internet para comunicarnos con regularidad.
2. **Vivir a la luz.** Cada uno de nosotros tendrá un “custodio”, un amigo cercano que siempre estará completamente al tanto de nuestras batallas y dificultades, alguien que velará por nosotros en todo momento. Tanto el custodio como el viajero serán responsables por cuidar el corazón del viajero. Este compartirá con su custodio, tanto antes como después de los viajes, sobre los retos que espera o que de hecho ya enfrentó. No habrá batallas secretas en nuestras vidas.
3. **Orar y ayunar.** Oraremos y ayunaremos antes de cada viaje. Nos aseguraremos de que el grupo pequeño del viajero o viajera siempre ore por él o ella antes de cada viaje y durante este.
4. **Aplicar principios de sabiduría práctica.** Nos mantendremos alejados de los ambientes difíciles tales como las cenas tardías, celebraciones, viajes largos, televisión en la habitación, o malas compañías. Cuando no sea posible evitarlos, tendremos particular cuidado. Tenemos que ser aún más cautelosos cuando estamos de viaje que cuando estamos en casa. Algunos de estos principios de sabiduría práctica son:
 - *Orar todos los días.* La oración por la noche, al regresar a la habitación, es particularmente útil porque podemos pedir gracia y también aprovechar para completar la digestión antes de acostarnos a dormir. También ayuda tener un buen libro cristiano para leer.

- *Preparar una agenda el primer día del viaje, o mejor aún desde antes, del mismo modo que la prepararíamos estando en casa.* Esta agenda debería negociarse con los anfitriones para dejar tiempo para la oración, el descanso y el ejercicio.
- *Asegurarse de descansar suficiente.* Podría ser necesario rechazar alguna invitación a cenar o a otro evento especial.
- *Tener siempre un buen libro a mano,* para aprovechar bien los tiempos muertos y para ayudar a cerrarle las puertas al enemigo.
- *Tan pronto como llegemos a la recepción del hotel, negociar con el personal de servicio al huésped o con mantenimiento para que nos deshabiliten cualquier cosa en la habitación que nos podría hacer tropezar:* televisión, mini-bar, acceso a Internet. Algunas veces esto se puede coordinar aún antes del viaje.
- *Hacer un mínimo de 15 minutos de ejercicio todos los días.*
- *Evitar los viajes extensos o estar fuera los fines de semana, en la medida de lo posible.*
- *No bailar con otras mujeres (“Yo solamente bailo con mi esposa”).*
- *Portar los números telefónicos de amigos o contactos de la iglesia en cada ciudad donde estaremos de visita.*
- *Dejar una copia de nuestra agenda tentativa con nuestras familias, incluyendo números de teléfono que le permitan a nuestro cónyuge localizarnos en cualquier momento.*
- *Proteger los días antes y después del viaje, de manera que podamos pasar ratos especiales, tranquilos, con nuestras familias.*

Me honraría mucho si usted compartiera sus comentarios o sugerencias para ampliar estas recomendaciones. Mi dirección de correo es: pilgrim2tico@gmail.com.

—Luis Fernando Aragón